MANUEL LINARES RIVAS

BODAS DE PLATA

COMEDIA

en dos actos y en prosa, original

TERCERA EDICIÓN

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Calle del Prado, núm. 24

1914


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
FIAT LVX
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

BODAS DE PLATA

BODAS DE PLATA

COMEDIA

en dos actos y en prosa

ORIGINAL DE

MANUEL LINARES RIVAS

Estrenada en el TEATRO LARA el día 5 de Febrero de 1908

TERCERA EDICIÓN

MADRID
A. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA 11 DUP.°
Teléfono número 551

1914

A Emilio Linares Rivas

Testimonio afectuoso de tu hermano,

Manolo

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
ANDREA (50 años).......	Sra.	Rodríguez.
REMEDIOS (55 íd.).......	Srta.	Alba.
DANIELA (25 íd.).......	Sra.	Ruiz.
CONSUELO (18 íd.).......	Srta.	Rodríguez Menéndez.
RAMONA, criada.........	Sra.	Beltrán.
VENTURA (60 años)......	Sr.	Palanca.
FOUCIÑOS (60 íd.).......		Rubio.
JIMENO (55 íd.)..........		Simó-Raso.
MIGUEL (30 íd.).........		Calle.
FELIPE (25 íd.)..........		Barraycoa.
SEBASTIÁN (28 íd.)......		Romea.
CARTERO...............		De Diego.

La acción se supone en Madrid.—Época actual

Derecha ó izquierda, las del actor

ACTO PRIMERO

Una salita sin pretensiones ni modernismos, pero revelando bienestar y limpieza. Donde sea posible, deberá dársele el carácter de un despacho severo en su mueblaje, pero con varias vitrinas llenas de objetos de arte, especialmente miniaturas: las paredes con cuadros y miniaturas también. Grabados antiguos. Es en el mes de Marzo, al caer la tarde. Una puerta á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA PRIMERA

ANDREA sentada á la mesa leyendo unas cartas. Pausa. Levantándose impaciente.

Las cinco y media.. y ese hombre sin venir. ¿Le habrá pasado algo? (Llamando.) ¡Daniela! ¡Daniela! ¡Daniela! ¿Dónde estabas?

ESCENA II

ANDREA y **DANIELA** por la derecha

DAN. En mi cuarto.

AND. ¿Qué hacías?

DAN. (Sonriendo.) Nada, mamá.

AND. ¿Escribiendo?.... ¿No te basta con ver al novio todos los días? Tengo una gana de que se marche.

DAN. Yo no.

AND. Que vuelva á su destino: aquí no hace falta ninguna.

DAN. ¿En tu tiempo no hacía falta que estuviesen cerca los novios?

AND. Ninguna.

DAN. Pues han cambiado mucho los tiempos, mamaíta.

AND. Tú eres una chiquilla y no debes preocuparte demasiado de los noviazgos.

DAN. Tan chiquilla no soy, pero contigo prefiero seguir siéndolo toda la vida.

AND. Vaya una edad para no creérselo... Veintitrés años. Hoy día los tiene cualquiera.

DAN. Para senador, es poca: para casarse...

AND. No pienses en eso.

DAN. Veintitrés años, salud, tranquilidad, no oyéndoos hablar más que de vuestro pasado feliz y de vuestras bodas de plata, que dentro de cuatro meses celebraréis, ¿en qué voy á pensar, madre, sino en boda?

AND. ¿Tanta prisa te corre abandonarnos?

DAN. Y si tengo la suerte de que Miguel sea un hombre trabajador y bueno como papá...

AND. Difícilmente: como tu padre no sale otro hombre. Formal, condescendiente, cariñoso... A él no se lo digo, pero pondría las manos en el fuego: en estos veinticinco años ni una sola vez...

DAN. ¿Qué, mamá?

AND. Ya te lo diré cuando estés casada.

DAN. Para las conversaciones de familia se necesitan muchos conocimientos previos.

AND. Cuando yo era muchacha, no: entonces se tenía más respeto á la juventud y nadie se propasaba, habiendo solteras, á entablar diálogos escabrosos... Verdad también que la juventud de entonces era más prudente y no esperaban para retirarse de una visita á que sus padres se lo mandaran...

DAN. ¿Adivinábais?

AND. Siempre es más correcto que saber.

DAN. No, el que adivina se detiene más tiempo á pensar, y en el terreno de las malicias cuanto más ligero se pase, mejor.

AND. Déjate de sentencias. Es de muy mal gus-

to, cuando se habla con una persona de más edad, echársela de sabio. Esta es otra de las buenas cualidades de tu padre: modesto, modestísimo.

DAN. Ya le aprecian sus méritos. Todas esas academias de que es socio corresponsal, esos libros que publica.

AND. Tiene mucho talento. La prueba es que no nos obliga á leer sus obras.

DAN. Y siendo magníficas...

AND. En casa no se acreditará como escritor, pero como hombre de buenos sentimientos... basta ese rasgo.

DAN. Y aun tiene otros.

AND. Tenía; tenía... Fué una lástima que se avegentara tan pronto.

DAN. Eso no debe darte miedo, pasando también los años para ti: dicen que dos vejeces, unidas desde la juventud, á ratos vuelven á sentirse jóvenes.

AND. Refiriéndose á tu padre, es una calumnia; la suya es una vejez definitiva.

DAN. (Pausa.) Me parece que es él...

ESCENA III

DICHAS, VENTURA por la izquierda

VEN. (Un viejo guapo y pulcro.) ¡Hola!...

DAN. Hola, papá. Ya estaba mamá impaciente y apurada.

VEN. ¿Porque tardé cinco minutos?

AND. Una hora larga... pero tienes razón. Yo, ¿para qué voy á impacientarme? ¿Que te atropella un coche ó un tranvía?... Pues ya me mandarán aviso para que te vayan á recoger.

VEN. (Cariñoso) Si yo te agradezco ese enfado, que después de todo no revela más que ansia y cariño... pero me entretuve examinando una colección de grabados...

AND. ¿La compraste?

VEN. No, mujer, no.

AND. ¿De veras?

VEN. De veras que no.

AND. Ya está la casa llena de esas mamarrachadas...

VEN. Andrea, mujer, no habiendo gastado los cuartos, ¿qué necesidad tienes de insultar á esa pobre colección?

DAN. Es un anticipo de saludo, por si viene.

AND ¡Qué vayamos nosotras mirándonos en comprar un vestido ó un abrigo más en la temporada y que tú no tengas dolor del dinero para comprar adefesios antiguos!

VEN. Ya te he prometido no volver á caer en la tentación.

AND. Y si quisieras complacerme, todas las antigüedades que hay en casa, á un museo.

VEN. Eso no. Yo no me separo de ti.

AND. No seas gracioso, Ventura, que á tus años te va como un tiro.

DAN. (Reprendiéndolo.) Papaíto...

VEN. No lo volveré á decir... ¿perdón?

AND. Si tuvieras una fortuna para derrocharla, buen paso llevarías...

VEN. No nos quejemos... Una jubilación muy decente, unas pesetas ahorradas, esta casa, que no está muy dentro de Madrid, pero en cambio tiene su cachito de jardín, salud y buen humor... ¿qué más se va á perdir á Dios?

DAN. Y esperando el gran día de las bodas de plata.

VEN. Para festejarlo en grande.

DAN. Dentro de cuatro meses y pico... El diez de Junio.

AND. (Apoyándose confiadamente en Ventura.) Veinticinco años de casados.

VEN. Para cualquier otro delito ya me cogía el indulto.

AND. ¿Tan mal te va?

VEN. (Afectuoso.) Vieja...

AND. (Afectuosa.) Viejo...

DAN. Ahora yo soy más vieja que vosotros dos: estoy sola.

VEN. Veremos lo que tarda en venir el militarcito...

AND. No gastes esas bromas, Ventura. No está bien que un padre se ponga de igual á igual con los hijos, y en ciertas cuestiones, menos

aún. Ese caballero militar que nos visita alguna vez no es más que un amigo.

DAN. Pero, ¿no es novio, mamá?

AND. Mientras no se formalice el asunto, amigo solamente. No niego que pueda llegar á serlo, pero hoy, nosotros, estamos en la obligación de ignorarlo.

VEN. Ya lo sabes, Daniela, yo lo ignoro.

DAN. ¿Y yo lo sé ó no lo sé?

AND. Con tu ejemplo, ya ves qué modo de contestarme.

VEN. No ha dicho nada que te pueda ofender.

AND. Solo faltaría... ¿Te parece poco que no guárde el respeto á mis años y á mi calidad de madre?

VEN. Tu calidad de madre, mi calidad de padre y su calidad de hija, son perfectamente compatibles con alguna que otra broma. Esto, aparte de que la broma es tuya, haciéndonos creer que Miguelito no es el novio de Daniela.

AND. Educada así, ¿cómo va á respetarme?

DAN. No seas injusta, mamá. (Abrazándola.)

VEN. Por tu gusto, aún estaríamos en besar la mano, en la bendición al acostarse...

AND. Veinte años llevo en Madrid: aun no pude acostumbrar el oído á ese tuteo entre padres é hijos, que suena tan mal y es tan desconsiderado.

VEN. Tú eres muy severa, y creo que haces bien: yo soy muy afectuoso, y creo que hago mejor. Aquel respeto á la antigua usanza; ver en los padres seres superiores, semidioses, retrae á los hijos, y en las horas difíciles de la vida suele ser perjudicial para los hijos... y para los padres.

AND. Pues yo así he respetado á los míos.

VEN. Si los padres fueran siempre perfectos en amor, en bondad, en justicia, eso bastaría para divinizarlos, pero teniendo flaquezas de humanidad, más vale que los hijos, cuando empiezan á discurrir por sí solos, vean caer en el pecado hombres, y no dioses...

AND. No sé por qué ha de caer nadie...

VEN. Primero, para satisfacción de los que no caen, y luego, porque si no hubiésemos in-

ventado el pecado, aun estaría la virtud por inventar.

AND. No dirás que yo murmure de la desgracia ajena, ni que pregone la alabanza propia.

VEN. Tú, no; pero la mayor parte, sí. La gente virtuosa suele ser como los coleccionistas, que solo viven enseñando su virtud ó su colección.

AND. No hables así delante de Daniela.

VEN. Aunque sea para evitarlos solamente; prefiero que sepa dónde están las zanjas y los malos pasos.

AND. Vámonos, hija, vámonos, que tu padre ya descarrila.

VEN. Llévame allá el bastón y el sombrero...

AND. Eres el padre más peligroso..

VEN. Y tú eres la madre más buena que hay por estos mundos: quizás un poquito chinchorrera... (Daniela, sonriéndose, hace mutis por la derecha.)

ESCENA IV

VENTURA y ANDREA

AND. Ventura ..

VEN. Si la chinchorrería fuese milagro, se nos llenaba la casa de peregrinos.

AND. No sé qué motivos tendrás para decirlo de mí: bien poco te mortifico.

VEN. Lo reglamentario nada más.

AND. Pero se conoce que vienes contrariado por no haber traído alguno de esos mamarrachos prehistóricos y buscas pelea, pero te engañas. No tengo ganas de reñir. Quédate solo.

VEN. Anda con Dios, santa...

AND. (Hace medio mutis por la izquierda.) ¡Ah, oye!.. Jimeno te ha escrito una carta rogándote que le aguardes, porque ha de hablar contigo....

VEN. Le aguardaré. Pero dime, ¿todo eso venía escrito en el sobre?

AND. No preguntes bobadas: en el sobre no vienen más que las señas.

VEN. ¿Y cómo sabes tú lo que decía la carta?
AND. Abriéndola.
VEN. Válgame Dios... Te morirás con la pena de no haber descubierto ningún secreto, pero no te llevarás el remordimiento de haberte descuidado.
AND. ¿Tú por qué has de tener secretos?
VEN. ¿Y tú por qué has de tener desconfianzas?
AND. Qué egoista eres... Paso todo el día aburrida en casa, y no me dejas ni leer una carta.
VEN. Si es por distracción, sigue leyéndolas... y sigue registrándome los bolsillos.
AND. Así los mando repasar cuando están descosidos.
VEN. Pues muchas gracias, Andrea.
AND. No hay de qué darlas, Ventura. Más de lo que tú revolverás para buscar miniaturas...
VEN. No es lo mismo.
AND. Igual. Solo que tú buscas lo antiguo y yo lo moderno.
VEN. (Sentándose á la mesa y mirando las cartas.) Bueno. (Mutis Andrea por la derecha.)

ESCENA V

VENTURA: pausa. FOUCIÑOS por la izquierda

FOU. Buenas tardes.
VEN. Amigo Fouciños... ¿qué tal vamos desde ayer?
FOU. Bien, bien... (Riéndose.) Un pícaro dolorcillo reumático en la pierna izquierda, pero no me importa nada.
VEN. Pues si á tí no te importa...
FOU. Nada. ¿Te atreves á dar un paseo?
VEN. Como quieras, aunque la tarde...
FOU. Magnífica.
VEN. Ha llovido.
FOU. Mejor: así no hay polvo.
VEN. Todo lo encuentra bueno.
FOU. ¿Para qué voy á incomodarme porque haya llovido?
VEN. Cierto, pero es una suerte inmensa ver siempre las cosas por el lado favorable.
FOU. Señal de que lo tienen. Es que todos somos muy exagerados, y nos complacemos en

echar tinta sobre las manchas negras. Hace seis años, cuando me caí por las escaleras, mi familia gritaba apuradísima: «Pobre señor... qué desgracia... romperse una pierna...» Y yo les decía: «¿Qué ha de ser desgracia? ¿rodar dos tramos y no romperse la cabeza? ¡Una suerte muy grande!»

VEN. Eso que tú llamas reuma, quizás sean las consecuencias de la caída.

FOU. No: se rompió la derecha y me duele la izquierda. A no ser que sufra al estilo chino, donde cuentan que no se aprende las lecciones el Príncipe heredero, y le pegan al ayo.

VEN. Será efectivamente reuma.

FOU. (Riendo.) ¡Ya lo creo!... Como que á veces me coge toda la parte izquierda, y tengo que estarme un mes en la cama.

VEN. ¿También á eso le encuentras el lado favorable?

FOU. El derecho, que no me duele. Y además, en ese descanso forzoso puedo adelantar mucho mis estudios, y preparar trabajo para la imprenta.

VEN. ¿Sigues con tu afición?

FOU. ¿A las estadísticas? Desde que me jubilaron consagro todos mis desvelos á esa hermosa ciencia.

VEN. ¿Para qué te sirve?

FOU. Para todo. No hay observaciones más curiosas ni más exactas que las de los números. ¿Cómo sabes si decrece una epidemia?

VEN. Por los periódicos.

FOU. Por el número de atacados. ¿Cómo sabes si prospera una mina? Por el número de toneladas. Y en otro orden de conceptos, son singularísimas las conclusiones. Unos amigos míos llevaban una semana enzarzados discutiendo si Castelar fué más ó menos orador que Moreno Nieto: pues yo zanjé la cuestión.

VEN. ¿Con la estadística?

FOU. Sí, señor. Busqué dos discursos que tardaron en pronunciarlos aproximadamente el mismo tiempo: hora y tres cuartos cada uno. Bueno, pues Castelar empleó dieciséis mil setecientas veintiocho palabras; Moreno Nie-

to diecinueve mil trescientas veintiseis... Luego Moreno Nieto tenía más facilidad de expresión.

VEN. O menos, porque precisaba más palabras para expresar las mismas ideas.

FOU. Según la estadística, más.

VEN. No discuto.

FOU. ¿A que no aciertas el número de perros que hay en Madrid?

VEN. ¿Y perras?

FOU. Caninos de ambos sexos, sí.

VEN. No sé.

FOU. Siete mil seiscientos veintiuno.

VEN. ¿Estás seguro de que no hay más perros en Madrid?

FOU. No.

VEN. Eres muy indulgente.

FOU. Lo verdaderamente hermoso de esta clase de estudios, es la exactitud. Yo comprendo que un hombre se apasione por ellos, así como no me explico qué gusto podéis encontrarle á esas zarandajas históricas. ¿A ti, qué más te da que Sesostris haya sido Rey ó Reina?

VEN. Comparado con el número de perros, claro que no.

FOU. ¿Vamos á dar ese paseo? Yo quisiera volver temprano para que no se impaciente Felipe.

VEN. ¿Qué le pasa á tu chico?

FOU. Ya conoces lo trabajador y lo dispuesto que es... de todo entiende ese condenado chiquillo... y luego tiene una claridad de juicio que me asombra.

VEN. A mí, no; es hijo tuyo.

FOU. Gracias; pero no admito el argumento porque también es hijo de mi mujer, y la pobre no brilla de un modo excesivo.

VEN. La naturaleza más privilegiada es la que domina.

FOU. Gracias. No sé si me cegará la pasión paternal, pero Felipe va á tener un porvenir brillante.

VEN. Habla bien: hará un buen abogado.

FOU. Ya no sigue esa carrera: se convenció de que no era la indicada para su temperamento.

VEN. Ni médico ni abogado.

FOU. Ahora ingeniero, probablemente.

VEN. Algo tarde es para empezar.

FOU. Como tiene ese entendimiento, en seguida se pone al tanto. Yo no pienso contrariarle: es muy grave eso de la elección de carrera.

VEN. A los veintiseis años ya podía tener pensado lo que ha de ser.

FOU. Las precipitaciones en los primeros pasos, son funestas luego... Y es hijo único: no se le debe apresurar. En casa queda trabajando... ¿verdad que es una alegría muy grande tener un hijo tan inteligente y tan estudioso?

VEN. No sé cómo te las arreglas, pero en ti es alegría todo.

FOU. No tengo ni pretexto para disgustarme.

VEN. ¿Qué has de tener?... Como que tú no eres un hombre, eres una pandereta.

FOU. (Riendo.) Está bien... lo contaré en casa.. Venturita me llama pandereta... ¡Qué diablo de Venturita!

ESCENA VI

DICHOS y ANDREA, por la derecha

AND. Buenas tardes.

FOU. Felices, Andrea. Su marido de usted y yo vamos á dar un paseíto, á reverdecer nuestras mocedades viendo muchachas.

AND. ¿Tú vas á salir?

VEN. Le acompañaré...

AND. ¿No aguardas á Jimeno?

VEN. Caramba, Fouciños, tendrás que dispensarme.

FOU. ¿Dispensarte? Si esta dificultad llega admirablemente, porque me permite ir un momento á corregir pruebas.

AND. ¿Algún librito?

FOU. Sí, señora; le dedicaré á usted un ejemplar.

VEN. Te gustará mucho. Y tú que eres tan aficionada á no leer, en cuanto veas números...

AND. ¿Por qué no escriben ustedes novelas? Son más bonitas.

FOU. Puede, puede que me anime... ¿Vuelvo y salimos los tres?

VEN. Como quieras.

FOU. Convenido. Ya está hecho el encarguito, señora: me lo enviarán de Murcia, y el día de las bodas de plata de ustedes, la obsequiaré con el canario más hermoso que ha visto usted en su vida.

AND. Siento que usted se moleste.

VEN. Fouciños, ¿cuántos canarios hay en Murcia?

FOU. No sé.

VEN. Llevas muy descuidadas las estadísticas.

FOU. Si tienes curiosidad, lo averiguo.

VEN. No es menester. Hay tres mil quinientos veintiocho.

FOU. ¿De veras?

AND. No haga usted caso; es una broma.

VEN. No, hombre, no: hay tres mil quinientos veintisiete.

FOU. Antes has dicho quinientos veintiocho.

VEN. Es que se ha muerto uno esta madrugada... y me telegrafiaron.

FOU. (Riendo.) Bien, Ventura, bien... ¿Te estás burlando de mí?

AND. No se incomode usted.

FOU. No, señora; si yo no me incomodo nunca.

AND. ¿Nunca?

FOU. ¿Para qué? No, señora. ¿Que gastan una broma? pues tienen buen humor. ¿Que me pisan en la calle? pues habrá sido sin querer; ¿qué gusto sacarán de pisarme con intención?

AND. Tiene usted un genio envidiable.

FOU. El mío es el mejor, y el de ustedes también es muy bueno.

VEN. Mereces toda mi admiración, Fouciños.

FOU. Si vieras qué fácil es el estar contento.

VEN. Ya lo creo.

FOU. ¿Quedamos en que vuelvo á buscarte?

VEN. Vuelve.

FOU. Adiós, doña Andrea.

AND. Adiós, don Ramón.

FOU. Que Ramón es apellido, señora. José Ramón Fouciños.

AND. ¿Y Fouciños también?

FOU. También.

AND. Pues tampoco lo parece.

FOU. La gente se ha empeñado en hacerlo nombre y me llaman don Ramón. Tiene gracia, ¿eh?

VEN. No es una gracia exagerada, pero, vamos...

FOU. Me divierte más esta confusión.

AND. Y sin confusión se divierte usted lo mismo.

FOU. Probablemente, probablemente... Hasta luego, Venturita.

VEN. Hasta luego, Fouciños. (**Mutis Fouciños por la izquierda.**)

ESCENA VII

VENTURA y ANDREA

AND. Este buen señor es feliz.

VEN. Porque quiere serlo.

AND. ¿No estará un poco chiflado?... siempre risueño, siempre alegre, siempre bondadoso...

VEN. El gran secreto de los hombres, es la bondad, pero muchos se complacen en guardar el secreto. ¡Torpes!

AND. Ni aun en eso es prudente la exageración. En este mismo Fouciños puedes verlo; por demasiada dulzura, por debilidad, tiene ese hijo sin carrera ni oficio.

VEN. Lo peor que les ocurre, es que el padre está convencido del talento del hijo.

AND. Y el hijo está convencido de la admiración del padre. Un muchacho que no es tonto, pero no será nunca nada. Créeme, Ventura, á los hijos quererlos, pero no consentirlos: la severidad es indispensable.

VEN. Eso sí que no. Para amansar un gato, le acaricias y le das terrones de azúcar... ¿para educar un hijo, severidades y palos? Nunca, Andrea, nunca.

AND. Es que sin el temor, en las circunstancias difíciles se rebelan...

VEN. También estás equivocada. Si no hubiera déspotas, no podría haber rebeldes.

AND. Si fueses el Jefe de una provincia, qué á gusto vivirían los bandidos con tu sistema de suavidades.

VEN. Ese es otro error. No hay bandidos.
AND. ¿Ni animales dañinos?
VEN. Ni animales dañinos. En el mundo, la única fiera, es el hambriento.
AND. Sin embargo, yo no quisiera encontrarme un lobo en mi camino.
VEN. ¿Pero no temerías encontrarte un perro?
AND. No es lo mismo.
VEN. Lo mismo. El lobo es un perro que no tiene que comer; como el bandido es un hombre á quien los hijos piden pan... y en la desesperación, hijos y cachorros son iguales.
AND. Qué exagerado eres...
VEN. Dulzura, Andrea, dulzura, y de vez en cuando, caridad... Ya ves que no exagero.

ESCENA VIII

DICHOS, REMEDIOS y SEBASTIÁN por la izquierda.

REM. Ave María Purísima. ¿Se puede?
AND. Remedios...
VEN. ¿Cómo tú por estos Madriles, padre Sebastián?
REM. Ha pasado una temporada malucho en el Seminario, y viene á reponerse unos días.
VEN. ¿Recibirás las órdenes este verano?
SEB. Con la gracia de Dios, espero recibirlas.
AND. Siéntate.
VEN. Mira, sobrino, lo primero es cuidar esa salud.
REM. Lo primero, después de los sagrados estudios.
AND. ¿Estás contento de tu carrera?
REM. ¿No ha de estarlo? Entusiasmadísimo, ¿verdad, Sebastián?
SEB. Verdad, madre.
VEN. Sintiendo vocación, es la más hermosa. En cambio, como oficio, ó profesión me parece...
REM. Te agradeceré mucho que no digas lo que te parece.
VEN. Bueno.
AND. (A Sebastián.) Tú siempre demostraste inclinación.

REM. Siempre. Dios me concedió el inmenso favor de despertar en mi hijo estos sentimientos.

VEN. Y Dios tampoco se quejará de su representante en la tierra, porque tú no le hablas á Sebastián más que de Santos y de curas.

REM. ¿Hago mal?... Cuando me casé con tu pobre hermano (q. s. g. h.) ya nos dijo mi tío Antonio, obispo de Almería, entonces provisor en Toledo: «Si teneis un hijo y le dedicais á la iglesia, contad conmigo.»

AND. Ya viene de lejos tu vocación, padre Sebastián.

VEN. Desde el previsor Provisor, hoy Antonio obispo.

REM. Fué profético.

VEN. Sí; el tío, Prelado, y el sobrino, cura, es una profesión como la del ladrón á quien le vaticinan la Guardia civil.

REM. Desde que me quedé viuda dediqué mi vida á preparar á este hijo para los santos beneficios que le aguardan y muy pronto he de ver colmadas mis ilusiones. Sebastián cantará misa este verano.

VEN. ¿Y tú qué dices?

SEB. Que seré muy dichoso viendo feliz á mi madre.

REM. Es mi sueño dorado.

VEN. ¿Y el tuyo?

REM. ¡Naturalmente! ¿Verdad, Sebastián?

SEB. (Humilde.) Naturalmente.

REM. Obedeciendo, cumple su obligación de hijo, y además tiene recompensa: toda su carrera tuvo una beca; en cuanto reciba órdenes, su tío le nombrará Camarero suyo y tal vez muy pronto será canónigo...

SEB. Madre...

AND. ¿Por qué no has de ser canónigo?

VEN. ¿Por qué no lo has de ser?

REM. ¿Y quién sabe el destino que le espera? Quizás algún día, como tu tío, llegues á ceñir la mitra...

SEB. (Protestando.) Madre...

AND. ¿Por qué no has de llegar?

VEN. Sí, hombre, sí; ¿por qué no has de llegar? ¿qué trabajo te cuesta?

REM. Y continuando virtuoso y digno, quién sabe si alcanzarás á ser un santo...

SEB. (Con enojo.) ¡Madre!...

VEN. Yo me alegraría mucho. Serías una gran recomendación para el cielo, que falta nos hace.

REM. A todos.

ESCENA IX

DICHOS y DANIELA por la derecha

DAN. Tía Remedios... (Se abrazan.) Primo Sebastián, respetabilísimo padre Sebastián... ¿cómo te va? (Intentando abrazarle.)

SEB. (Retrocediendo.) Daniela...

DAN. ¿No quieres abrazarme?

SEB. Perdona, prima Daniela. (Dándole la mano.) ¿Cómo estás?

DAN. Comprendo que te negaras tratándose de un abrazo entre novios...

AND. Eso es lo que no debías comprender.

DAN. Pero entre familia, con el cariño y la franqueza que hubo constantemente...

REM. Dispénsale, Daniela.

DAN. (Encogiéndose de hombros.) Dispensado.

VEN. Padre Sebastiancete, no creí que tuvieras tanta picardía, para maliciar hasta de lo inocente.

SEB. No lo he rechazado por malo...

VEN. Pues por bueno eres un tonto.

REM. Yo le he aconsejado que evite ciertas expansiones...

VEN. Haces perfectamente, y cuando quieras, á este muñeco sin voluntad y sin fibra, lo doblas y lo guardas en la cómoda. Allí estará más seguro.

REM. Más vale que se deje guiar por mí.

VEN. Cierto, pero pobre de ti, mejor dicho, pobre de él si algún día le dan sus nervios la sacudida inevitable de la juventud y de la sangre...

SEB. ¡Tío Ventura!...

VEN. ¿Qué te pasa, sobrino?

SEB. No hable usted así que se disgusta mi madre...

VEN. Es que tu madre hace mal; ya se lo he dicho muchas veces, hace mal en imponerte ese yugo sin que antes tu propia experiencia te encamine por él.

REM. ¡No blasfemes!...

AND. ¿Por qué dices estas cosas, Ventura?

VEN. Va á resultar que yo soy el único que quiero á este muchacho.

ESCENA X

DICHOS, JIMENO y CONSUELO por la izquierda

JIM. Dispensa que te haya hecho esperar...

VEN. Después de tantos años de amigos y de compañeros, ¿no ibas á tener franqueza para pedir favor tan insignificante?... (Jimeno saluda á las señoras.)

CONS. (Después de besar á Daniela.) Sebastián... ¿ya es usted cura?

SEB. Aún no.

DAN. Pero como si lo fuera.

SEB. Aún no...

CONS. ¿Va usted á colgar los hábitos?

SEB. No, no... no. Jamás le causaré esa pena á mi madre.

AND. ¿Quieren ustedes pasar á mi cuarto? Porque el señor Jimeno ha de hablar una palabra con Ventura.

JIM. Y con usted cuando sea posible.

REM. Nosotros nos vamos.

AND. ¿Qué prisa tienes? ¡Quédate!

REM. No; ya volveremos.

AND. Como queráis. Adiós, Sebastián...

VEN. Perdona si me acaloro algo y digo lo que no te agrada.

REM. Lo que dices aún puedo perdonarlo: lo que te quedas pensando seguramente será más abominable.

VEN. Seguramente. Te juro que aciertas. (Vanse Daniela y Consuelo por la derecha y Remedios y Sebastián por la izquierda.)

ESCENA XI

ANDREA, VENTURA y JIMENO

JIM. Dispensen ustedes la molestia, pero ustedes son amigos míos y necesito oir su opinión y su consejo.

VEN. ¿Piensas seguirlo?

JIM. Allá veremos. Como ustedes saben, yo soy viudo. Viudo desde hace doce años.

AND. No se dé usted tono, Jimeno, que ese no es mérito de usted.

VEN. Fué una desgracia.

JIM. Bueno, pongamos que fué una desgracia.

AND. Evidente.

JIM. Bueno; pongamos que fué evidente. Y haga usted el obsequio de no cortarme el hilo para que no se pierda el ovillo.

AND. ¿Sigue usted tan cascarrabias?

JIM. Yo, sí, señora; ¿y usted?

AND. Yo no.

JIM. Bueno. Me quedaron dos hijos: un niño y una niña.

AND. Un matrimonio.

JIM. No, señora, porque son hermanos. Una parejita. Como era mi deber, los he cuidado desvelándome por ellos. De entonces acá, los chicos han crecido.

VEN. Es maravilloso... eso sólo ocurre en tu casa.

JIM. Me parece que es natural...

VEN. Pues entonces no lo digas; ya nos figuramos que de doce años acá los chicos habrán crecido.

JIM. No he regateado un trabajo mío para que ellos tuviesen una comodidad más: he renunciado á mis diversiones para atenderles mejor. Mi casa y mi oficina: no hubo otro mundo. Creo que soy su padre.

AND. Y si no lo creyese usted, sería una ofensa á la memoria de aquella santa mujer.

JIM. Y á la mía. Pero no voy por ese lado.

VEN. En esto le doy la razón á Jimeno: los padres empiezan á serlo después de que los hijos han nacido.

JIM. El que los cuida, los atiende...

AND. ¿Y el que no los cuida no es nada?

VEN. Es el marido de la madre: muy poca cosa para un hijo.

JIM. Ahora díganme ustedes: después de mis sacrificios, de haber vivido esclavizado, de agotar mi vida para que la de ellos fuese honrada y tranquila, ahora que no les hago falta, ¿es justo que se desliguen de mí, y que me echen á un lado como trasto roto, como viajero que no trae regalo, como enfermo que no deja herencia?

AND. No es justo.

JIM. ¿O está más en el orden que yo les imponga mi voluntad?

VEN. Aun no te comprendo.

AND. Yo, sí.

VEN. Tú tampoco; pero, como siempre, te figuras que entender algo es haberlo entendido todo. Continúa, Jimeno, para que yo me entere.

JIM. La situación mía es la siguiente: de la chica no tengo queja porque atemorizada con lo que ha visto en su hermano...

VEN. ¿Atemorizada?... Entonces es la chica quien tiene queja de tí.

AND. Pensarás que todos son como tú, unos padrazos.

VEN. Menos mal que de esta vez salió suave el vocablo.

JIM. Consuelo se ha persuadido de que conmigo no sirven desplantes ni lagrimitas hipócritas...

VEN. Eres muy sabio, Jimeno.

JIM. ¿Eh?

VEN. Digo, Jimeno, que eres muy sabio. ¿Analizar lágrimas de mujer?... Tarea de viejo.

JIM. Ni viejo ni joven.

VEN. Los jóvenes no las analizan: las besan. ¿Te acuerdas, Andrea?...

JIM. Eso es romanticismo.

VEN. Sí: los recuerdos siempre son románticos

JIM. Yo soy más práctico, y gracias á mí, Consuelo ha despedido á ese mozalbete que la rondaba.

AND. Si no le convenía...

JIM. Aun conviniéndole era prematuro. Los hijos deben casarse cuando los padres lo dispongan.

AND. Esa es mi opinión.

JIM. Y la mía. Y en mi casa así ha de ser.

AND. Es usted un hombre, Jimeno.

JIM. Muchas gracias.

VEN. No lo agradezcas: lo que Andrea quiere decir no es que lo eres tú si no que no lo soy yo. Y ella y tú vais equivocados: los hijos se casan cuando les llega la hora.

AND. Pero la madre tiene el reloj.

JIM. Y con no darle cuerda...

VEN. Ni nosotros ni ellos. A despecho de todos, viene la hora del amor y los hijos se van... En unas casas, con alegría; en otras, con disgustos; pero en todas hay que abrir la puerta, porque si no ellos abren la ventana y vuelan.

JIM. Yo primero les rompo un ala y verás cómo no se marchan.

VEN. Volando, no: se marcharán arrastras y ya verás la pena que te da encontrarlos llenos de barro... No te lo deseo.

JIM. Sigue con tu procedimiento: yo prefiero el mío.

VEN. Allá tú: ¿qué consejo nos pedías?

JIM. Como te digo, Consuelo está muy mansita; pero Melchor, mi otro hijo, se ha emperrado en casarse.

VEN. ¿Tiene alguna mala nota la muchacha ó la familia?

JIM. Ninguna; pero no me gusta esa chica...

VEN. Si le gusta á él ..

JIM. No están en edad de saber lo que les conviene, y es preciso que los padres discurran por ellos.

AND. Y hacerles entrar en razón.

JIM. Ya lo procuro. Le he dado ochocientas palizas...

VEN. Bonito número.

AND. Eso es pasarse de severo...

JIM. Pues aún no llega. Le tengo encerrado en casa hace dos meses, y anoche, después de cegarme...

VEN. ¿La ochocientas una?...

JIM. Te digo que me cegué... y si no entra Consuelo y me lo quita de las manos... Atreverse á pedirme de nuevo el consentimiento...

VEN. Bien, Jimeno, bien...

JIM. Esta mañana he salido sin verle: me tengo miedo á mí mismo porque le voy á dar un mal golpe...

AND. No haga usted eso.

JIM. Total, que Melchor no puede continuar en casa y te pregunto, les pregunto á ustedes: ¿qué debo hacer? ¿dónde debo encerrarle?

VEN. No lo sé, y sabiéndolo no te lo diría.

JIM. Cállate. Voy en busca del gobernador y que mande á mi hijo á la cárcel.

VEN. ¿Por qué te opones á esa boda?

JIM. ¿No basta y sobra con que á mí no me guste?

VEN. Mal camino llevas...

AND. Pero tolerarlo...

JIM. Yo le he prometido á Melchor que esta noche irá á un encierro, y esta noche va. A la cárcel ó un cuartel...

VEN. Andrea, aconséjale lo que quieras. Yo me marcho para no reñir contigo, Jimeno. Dispénsame. (Vase por la derecha.)

ESCENA XII

ANDREA y JIMENO

JIM. ¿No me sobra razón, señora?

AND. Para pegar, no.

JIM. Amonestarle ó suplicarle es perder el tiempo.

AND. ¿Está tan enamorado?

JIM. ¿Qué ha de estar? A los veinticuatro años qué sabrá de amor... Es una chiquillada nada más.

AND. Claro...

ESCENA XIII

DICHOS y FELIPE por la izquierda

FEL. Buenas tardes, doña Andrea.

AND. Buenas, Felipe.

JIM. (Aparte á doña Andrea.) Decididamente, á la cárcel.

AND. Le compadezco á usted, amigo Jimeno.

JIM. Luego volveré á recoger la chica, porque no quiero que presencie la salida del hermano.

AND. Vaya usted con Dios...

JIM. Adiós, señora... (Vase por la izquierda.)

ESCENA XIV

ANDREA y FELIPE

FEL. ¿No está don Ventura?

AND. ¿Quieres que le llame? ¿Algo de exámenes?

FEL. No, señora.

AND. Por más que tú ya has de estar acabando la carrera.

FEL. No, señora.

AND. Empezaste en...

FEL. Cuando me acuerdo del año en que empecé, también yo me figuro que debo estar acabando... pero corté por lo sano... dejé la abogacía.

AND. ¿Ya no vas á ser abogado?

FEL. He tenido una cuestión personal con el Derecho Romano, y no puedo transigir con él. Para mí es que me tomó tirria el catedrático... todos los cursos me suspendían en Junio y en Septiembre; pero este año, en Junio, se fastidió: no me presenté.

AND. Y en Septiembre...

FEL. Me fastidié yo.

AND. ¿Qué vas á estudiar ahora?

FEL. No lo sé de fijo. Opino como papá, que en estos asuntos tan graves no debe uno precipitarse... Ya tengo pensado lo que no voy á ser: ahora pensaré con calma lo que me gustaría llegar á ser.

AND. Ingeniero ó...

FEL. Una carrera cortita: las que no son muy peligrosas. Si no acudimos á tiempo, la de Derecho se me iba haciendo crónica...

ESCENA XV

DICHOS, VENTURA por la derecha.

AND. Felipe quiere hablarte.

VEN. Hola, Fouciños pequeño... Hace un momento salió tu padre de aquí.

FEL. Precisamente venía para entregarle unas pruebas muy urgentes que le llevaron de la imprenta.

VEN. A la imprenta iba.

FEL. (Sin moverse.) Pues me voy escapado.

AND. Adiós, Felipe. (Vase por la izquierda.)

FEL. Adiós. Me voy á escape, don Ventura.

VEN. Adiós.

ESCENA XVI

VENTURA y FELIPE

FEL. ¿Usted cree que le alcanzaré?

VEN. A este paso, no.

FEL. (Pausa.) Usted es muy bueno, don Ventnra.

VEN. Regular. ¿Por qué lo dices?

FEL. Quisiera pedirle á usted un favor.

VEN. ¿Cuánto?

FEL No es dinero.

VEN. No es favor. Habla.

FEL. La amistad de mi padre con usted viene de muy antiguo..

VEN. Desde chiquillos. Fouciños y yo estudiamos juntos, sin interrumpirse ya nuestro afecto en cuarenta y tantos años. Juntos empezamos la carrera....

FEL Papá era un poco mayor que usted.

VEN. Y lo sigue siendo.

FEL. Habla muchas veces de usted con tanto cariño...

VEN. Y yo de él. ¡Ahí es nada! ¡Cerca de medio siglo! En todos los días señalados nos encontramos juntos: él fue testigo de mi boda y yo de la suya, y á tí no te he visto nacer

porque no me gusta ver esas cosas, pero estaba en tu casa cuando naciste.

FEL. Sabiendo lo que ustedes se estiman, he pensado que llegaría hasta mí esa buena voluntad.

VEN. ¡Por los clavos de la Puerta Santa!... No lo dudes.

FEL. Y las pruebas...

VEN. ¡Las que quieras!.

FEL. Las pruebas que traigo para corregir, más que motivo eran pretexto.

VEN. No lo necesitas. Habla, habla; veamos en qué puedo servirte.

FEL. Yo estoy enamorado.

VEN. ¿Y ella?

FEL. También.

VEN. ¿De otro?

FEL. De mí.

VEN. Pues ya, que venga el diablo y sople.

FEL. No puede venir todavía.

VEN. Estará ocupado en otra casa; pero ya vendrá... no te apures...

FEL. Nos queremos, pero el padre es un...

VEN. ¿No encuentras la palabra?

FEL. No la digo por respeto á usted.

VEN. ¿En qué acaba?

FEL. En mal.

VEN. Ya sé lo que es. ¿Qué puedo hacer por tí?

FEL. Usted es la única persona con influencia sobre el señor Jimeno...

VEN. ¿Es Jimeno el padre? Pues tienes razón en aquella palabra que no has dicho.

FEL. No me atrevo ni á rondar los balcones de Consuelo, para evitarla riñas y peloteras... Antes aun nos escribíamos, pero hace dos meses que no pudimos cruzar ni una línea... ¡Ya ve usted si es triste!

VEN. Estos son malos días para hablarle, porque está muy obcecado con lo de su hijo.

FEL. ¡El pobre Melchor también pasa las suyas!

VEN. Jimeno está furioso... En cuanto le vea menos excitado procuraré llevar la conversación por tu camino.

FEL. ¿Será usted tan bueno?...

VEN. Haré por ti todo lo que pueda.

FEL. ¿Todo?

VEN. Todo, vete confiado.
FEL. ¿Que me vaya?...
VEN. Con entera confianza: si algo influyo en Jimeno...
FEL. Gracias, gracias... Adiós...
VEN. Adiós, Felipe.
FEL. Adiós, don Ventura.
VEN. Adiós, en la primera ocasión favorable...
FEL. Gracias. Adiós.
VEN. Adiós.
FEL. Adiós, don Ventura.
VEN. ¿Te vas ó nò te vas?
FEL. Como usted mande.
VEN. Yo no te echo.
FEL. Entonces me quedo para saludar á Daniela.
VEN. No recordaba que está Consuelito allá dentro...
FEL. Sí, señor... y de paso saludo á Daniela.
VEN. Eres muy fino: salúdala, salúdala. (Pausa.)
FEL. Don Ventura...
VEN. Calla.
FEL. Don Ventu....
VEN. Cállate. Ya se me ocurrió... (Llamando.) ¡Daniela!
FEL. Don Venturi...
VEN. ¡Cállate! ¡Daniela!...

ESCENA XVII

DICHOS, DANIELA y CONSUELO por la derecha

DAN. ¿Llamabas, papá?
VEN. Tráeme el último tomo de la Enciclopedia. (A Felipe.) ¿Es el último el que tu padre desea consultar?
FEL. Sí, señor: el último de todos... (Vase Daniela por la derecha.)

ESCENA XVIII

DICHOS menos DANIELA

VEN. Consuelito, dime la verdad: ¿sí ó no?
CONS. ¿De qué?
VEN. Mirando para Felipe. ¿Sí ó no?

CONS. Sí.
VEN. Basta.
FEL. (Yendo á Consuelo.) ¡Ya lo creo!
VEN. (Deteniéndolo.) Sigue á este lado: resulta el grupo más artístico. Ya sé que os queréis.
FEL. Y nosotros también.
VEN. Ahora soy yo el que lo sé. He prometido á Felipe que intervendría en vuestro favor, á condición de que me obedezcáis...
CONS. A ojos cerrados: lo que usted disponga.
FEL. Lo que usted disponga. Y á ser posible, con los ojos abiertos.
VEN. No hay inconveniente. Para evitarnos quejas de parte de Jimeno desde hoy no os volvéis á ver.
FEL. ¡Don Ventura!
CONS. ¡Don Venturita!
VEN. Consuelito almuerza aquí todos los domingos. No tendría nada de particular que algunos días, los domingos por ejemplo, tú nos hagas una visita...
FEL. ¡Don Ventura!
VEN. Y esto continuará hasta que yo os diga: hijos míos, ya está todo arreglado ó todo desarreglado. Pero mientras, exijo obediencia absoluta.
FEL. ¿Ni una cartita?
VEN. Ni una. ¿Tengo vuestra promesa?
CONS. Sí, señor.
FEL. (Largándole una carta á Consuelo.) Sí, señor.
VEN. (Enterándose y cogiendo la carta.) ¿Así empezamos?
FEL. La he escrito ayer, y nuestra promesa es desde hoy.
VEN. (Entregándole la carta á Consuelo.) Es la de ayer. Comprenderéis que no trato de mortificaros, sino de colocarme en buen terreno para cuando plantee el asunto. Mi opinión es que hombres y mujeres deben casarse á su gusto.
FEL. Pues nos casaremos.
CONS. ¿Cuándo has dicho?
VEN. Mi convencimiento es que al llegar la hora de la pasión y del amor, son débiles los obstáculos y son torpes las voluntades que se oponen: por eso os protejo.

FEL. Y si se opone, en cuanto seas mayor de edad...

CONS. ¿Es á los diecinueve... verdad?

VEN. Pero también creo firmemente que mientras no suene la hora, los hijos deben á sus padres el respeto de obedecerles y el cariño de escucharles. Por eso os exijo la obediencia.

CONS. Obedeceremos.

FEL. Pero sin dejar de querernos.

VEN. El que cede más pronto es el que quiere con más firmeza. Por algo ceden primero los padres.

CONS. Y á veces los hijos.

VEN. Los hijos necesitan tener hijos para saber lo poco que se quiere á los padres.

ESCENA XIX

DICHOS y DANIELA por la derecha

DAN. (Con un libro grande.) ¿Es este, papá?

VEN. ¿Es este, Felipe?

FEL. Es este, Daniela. Muchas gracias, don Ventura, muchas gracias.

CONS. (Conmovida.) Gracias, gracias.

DAN. ¿También tú agradeces ese tomo?

VEN. Están pensando en otra edición...

FEL. Con su permiso...

VEN. Adiós, Felipe. (Ventura marcha hacia la derecha.)

FEL. Adiós, Daniela; el domingo vendré á saludarles á ustedes.

DAN. Se lo estimaremos mucho... (Marcha hacia Ventura.)

FEL. Consuelo, ¿te parece que sea nuestro padrino don Ventura?

CONS. Ya lo es.

DAN. Papá, ¿qué ha pasado entre ellos que llevan la cara tan radiante?

VEN. ¿No lo adivinas?

DAN. ¿Amor?... Muchas veces ya lo habrán sentido igual.

VEN. No. En alta voz y á presencia de un viejo, decidirse dos muchachos que se quieren, no es decirlo, es consagrarlo.

CONS. Adiós.

FEL. ¡Hasta el domingo!

VEN. Adiós... (Vanse Ventura por la derecha y Felipe por la izquierda.)

ESCENA XX

DANIELA y CONSUELO

CONS. ¡Qué bueno es tu padre... qué favor tan inmenso nos hace!

DAN. Pues si ha hecho un favor ya me explico por qué va tan contento.

CONS. Por él llegará mi felicidad.

DAN. Te felicito.

CONS. ¿Y á ti?

DAN. Yo estoy peor que tú.

CONS. Nadie contraría tus amores.

DAN. Nadie; pero años enteros sin vernos.

CONS. ¿Os escribiréis?

DAN. ¿Y eso qué es?

CONS. Realmente, por correo, los novios no saben á nada.

DAN. Ahora lleva aquí dos semanas acompañando á su general, que ha venido á no sé qué; pero en cuanto el general dé media vuelta, ¡media vuelta el novio! Hasta que otra casualidad le traiga.

CONS. O te lleve.

DAN. Esa casualidad en las mujeres se llama Vicaría.

CONS. Ya estoy enterada. ¿Y cuándo os *casualidais?*

DAN. ¿Yo qué sé? Primero falta que mi teniente sea capitán, y luego quizás falte que mi capitán quiera casarse conmigo.

CONS. No ha de querer...

DAN. Ya se dan casos de capitanes solteros.

CONS. El te habrá dicho, poco más ó menos...

DAN. De fecha, nada; y yo, naturalmente, no voy á preguntarle...

CONS. Pues yo no tendría esa naturalidad: si te quiere, si tus padres no se oponen y el escalafón va ligero, ya le estaba yo preguntando: ¿A qué aguardamos, Miguelito?

DAN. No es correcto demostrar impaciencias.

CONS. Pues yo las demostraría. ¿Me quieres por esposa? pues *¡espósame!*

DAN. ¿Y si no quiere?

CONS. Como á los reclutas: uno, dos... ¡marchen!

DAN. ¿Y si quiere y no puede?

CONS. Esa es mi situación: paciencia y escribirse.

DAN. También es la mía: paciencia.

CONS. Nunca he podido comprender por qué aguardan tanto los hombres.

DAN. Ni yo.

CONS. A lo mejor es que no aguardan. Esperan andando.

DAN. De Miguel respondo. Más bueno, más cariñoso,..

CONS. ¿Por correo?

DAN. Y cuando viene á vernos.

CONS. No le dejes marchar sin que aclare algo.

DAN. En este cielo él dispone de las nubes.

CONS. No lo creas: si pudiera, más estrellas pondría. Escucha, escucha...

DAN. (Después de escuchar.) Sí, es Miguel.

CONS. «¿Están los señores?» ¡Qué hipócrita! ¿A él qué le importarán los señores? ¿Está la señorita? esa era la pregunta.

DAN. ¡No te vayas!...

CONS. ¿No dices que es tan bueno?

DAN. Sí lo es.

CONS. Los buenos merecen bien una sorpresa agradable de vez en cuando. Yo tengo que leer una cartita... (Coge un periódico, se lo entrega á Daniela, haciéndola sentar, y escapa por la derecha.)

ESCENA XXI

DANIELA y MIGUEL por la izquierda, se queda un momento mirando y luego avanza de puntillas, mientras ella, fingiendo que lee, mira de reojo, sonriendo

DAN. (Aparte.) ¿Me sorprenderá de veras?... Por si acaso... (Haciendo como que le siente andar.) Miguel...

MIG. Daniela...

DAN. ¡Qué sorpresa!

MIG. ¿Cuál?
DAN. Esta. ¿Cómo tan temprano?
MIG. A mi general le han dicho esta tarde que vuelva á tomar el mando de su división.
DAN. ¿Ya?
MIG. He pedido permiso para decirte adiós y á eso vengo: adiós, Daniela.
DAN. Adiós, Miguel. ¿Quieres que llame á mamá?
MIG. Más me agradaría que no la llamaras y así podré hablarte una palabra.
DAN. Dila.
MIG. Llevamos très años de relaciones.
DAN. No seas embustero.
MIG. Dos años, once meses..
DAN. Y quince días.
MIG. No seas embustera.
DAN. Catorce días y medio y unas horas y unos minutos.
MIG. Exactamente. Por carta ya sé que me quieres: ahora que estamos juntos y solos, sin más compañía que el divino amor que nos protege... ¿me quieres, Daniela?
DAN. No se dice tan pronto.
MIG. Pues piénsalo y dímelo luego.
DAN. Creo que ya está pensado.
MIG. ¡Dímelo! No me lo digas: ya lo digo en tu silencio.
DAN. Miguel...
MIG. Hablemos formalmente.
DAN. ¿Y esto no es formal?...
MIG. No sé cuándo otra casualidad me permitirá volver á Madrid. Llevamos tiempo sobrado para conocernos: basta de amores.
DAN. (Angustiada.) ¿Miguel?...
MIG. Entiéndeme: basta de amores, no de amor. Soy el número once en el escalafón, ascenderé muy pronto: yo no puedo vivir solo, necesito tu presencia... ¿quieres?
DAN. ¿Qué dirán mis padres?
MIG. Que sí; ya lo sabes. Con algo que tengo heredado y mi sueldo de capitán habrá lo bastante para sostener decorosamente una mujer y una familia, si Dios nos la da, que supongo que sí... Tú y yo nos esperamos... ¿á qué esperamos ya, Daniela?
DAN. Mi voluntad es tuya...

MIG. Porque á ti te gustan, tengo en mi cuarto una planta de claveles, y cuando al llegar la primavera se cuaja de brotes, pienso lo mismo siempre: algún día, como á la maceta, tendré en mi casa á Daniela, y tú, como la maceta, llenarás mi casa de brotes, pero no inmóviles como los del clavel sino inquietos y revoltosos.

DAN. (Dándole la mano.) Miguel...

MIG. Es hora de empezar nuestra vida. ¿Por qué tiemblas?

DAN. ¿Y tú por qué no tiemblas? Al decidir lo único irreparable; cuando vamos á ligarnos eternamente á un cariño ó á un odio, ¿por qué no tiemblas tú, Miguel?

MIG. Porque estoy seguro de ti.

DAN. Ya es algo.

MIG. Y estoy seguro de mí.

DAN. Eso ya es todo.

MIG. Mis padres fueron felices, los tuyos lo son... ¿por qué no hemos de serlo nosotros?

DAN. ¿Y mis pobres viejos?... ¡Ese es mi espanto! Acostumbrados á mí, ¿sin mí cómo vivirán?

MIG. Con nosotros.

DAN. ¿Querrás?

MIG. ¿Y por qué he de rechazar otro cariño? Dicen que es sabiduría rodearse de voluntades: seamos sabios ya que tan poco nos cuesta.

DAN. (Dándole la mano.) Cógela. Verás cómo ahora no tiembla.

MIG. (Con la mano cogida hasta el final.) ¿Quieres ser mi mujer, Daniela?

DAN. Quiero ser tu mujer, Miguel.

MIG. En cuanto llegue el ascenso, tú fijarás el día.

DAN. Cuando llegue, lo fijarás tú.

MIG. (Atrayéndola suavemente.) Adiós, Daniela.

DAN. (Rechazándole suavemente.) Adiós, Miguel.

MIG. (Con reproche.) Estamos solos.

DAN. Por eso... Adiós, Miguel.

MIG. Adiós. Con pretexto de saludar á tus padres, volveré un segundo antes de marchar.

MIG. Vuelve. Adiós, Miguel. (Vase Miguel por la izquierda.)

ESCENA XXII

DANIELA y FOUCIÑOS por la izquierda

FOU. ¡Lo he visto, lo he visto!... He visto el final amoroso. Bien, muchacha, bien. (Abrazándola.) Juventud y amor... dos cosas muy bonitas... ¡así me gusta!

ESCENA XXIII

DICHOS. VENTURA y ANDREA por la derecha

VEN. ¿Qué te pasa?

FOU. Que estoy rejuvenecido... He visto al amor revoloteando desde Daniela á...

DAN. Dígalo usted.

VEN ¿A Miguel? Son novios.

FOU. (Riéndose.) Lo he visto, lo he visto.

AND. ¿Ya has hablado con él?

VEN. No gruñas, Andreíta, no gruñas... ¿qué tiene de particular?

FOU. ¿Tú creerás que he ido á la imprenta? ¡Cá! tuve la suerte de encontrarme á un antiguo condiscípulo.

ESCENA XXIV

DICHOS. CONSUELO por la derecha

DAN. (Aparte á Consuelo.) Ascenderá pronto.

CONS. ¿Y pronto boda?

ESCENA XXV

DICHOS y JIMENO por la izquierda

JIM. ¡Se ha escapado de casa ese pillo!

CONS. (Corriendo.) ¿Melchor se ha escapado?

VEN. ¿Tu hijo?

JIM. Ya no es mi hijo: es un extraño.

CONS. Pero mi hermano...

JIM. ¡Ya no es tu hermano!

DAN. (Apartándola.) Déjale ahora...

JIM. Se casó esta mañana por sorpresa y se ha marchado.

FOU. ¿Con su mujercita?...

JIM. ¡Con el demonio que los lleve!

FOU. (Riendo, á Andrea.) ¡Magnífico... casarse por sorpresa!...

VEN. Mira de qué te sirve el rigor y la amenaza...

FOU. De estos matrimonios hubo once el año mil novecientos tres, catorce el mil novecientos cuatro y en el mil novecientos cinco van diecisiete y este de usted...

JIM. Este es el que me importa solamente.

FOU. A mí todos, por la estadística.

AND. ¿Y qué ha hecho usted, Jimeno?

JIM. Dar parte en el Gobierno: que los persigan, que los prendan, que se anule el matrimonio... (A Consuelo.) Y tú, Consuelo, como no andes más derecha que una vela...

CONS. Papá...

JIM. (Agarrándola.) ¡Como yo sepa que tienes novio, te pulverizo!

AND. (Interviniendo.) Jimeno, sea usted razonable.

FOU. (Riendo, á Ventura.) ¡Qué día pasarán esos chicos!..

JIM. (Yendo á él disparado.) Señor Fouciños, si no se calla usted...

VEN. (Interviniendo.) Hombre...

FOU. Dispense usted... (A Ventura.) No me dejan estar alegre... y no creo que el caso sea tan triste, porque..

VEN. Fouciños, tú no eres Fouciños.

FOU. Ya lo sé, soy una pandereta.

VEN. Tú eres la alegría: ¡Fouciños, tú debías ser inmortal!... (Consuelo llora en brazos de Daniela. Andrea habla vivamente con Jimeno.)

TELÓN

ACTO SEGUNDO

Una sala más alegre y más moderna; al foro, dos grandes rejas con forillo practicable figurando un jardín. Puertas en primer término derecha y en primero izquierda. Es en el mes de Julio, á las once de la mañana, en un día de sol espléndido que inunda de luz la escena.

ESCENA PRIMERA

VENTURA leyendo un periódico. Pausa. RAMONA, por la izquierda, con una bandeja cubierta con una servilleta

RAM. Señorito... Traen otra tarta.

VEN. Dale un par de pesetas.

RAM. (Deteniéndose al cruzar.) Señorito... (Le entrega una tarjeta que vendrá aparte.)

VEN. ¿Qué?

RAM. (Con misterio.) Esta es de piñonate.

VEN. ¡Ah!... ¿Es de piñonate?

RAM. Sí, señor.

VEN. Bueno, pues nos la comeremos. (Vase Ramona por la derecha. Ventura sigue leyendo. Vuelve á cruzar Ramona de derecha á izquierda con la servilleta.) Ramona...

RAM. ¿Señorito?

VEN. ¿A tí te gusta el piñonate?

RAM. ¿Por qué lo dice el señorito?

VEN. Por calcular lo que durará la tarta.

RAM. Yo no me atrevo nunca á tocar nada...

VEN. Eso ya puede que sea una exageración. Dale un par de pesetas y que muchas gracias. (Vase Ramona por la izquierda.)

ESCENA II

VENTURA sigue leyendo. Pausa. Sale ANDREA por la izquierda y se quita la mantilla doblándola cuidadosamente

AND. Hereje... hereje...
VEN. ¿Es á mí?
AND. Á tí. (Ventura sigue leyendo.) ¿Te quedas hoy sin oír misa?
VEN. He ido á la de nueve.
AND. ¿De veras? Te lo agradezco... Hay que darle muchas gracias á Dios por tantas bondades.
VEN. ¿Y Daniela?
AND. Se ha quedado con las chicas de Grado y Consuelito Jimeno para la misa mayor; luego la acompañarán... Mira que somos felices, Ventura...
VEN. Sí, es un gran día.
AND. Llegar á las bodas de plata sin dejar de querernos... Salud, bastante dinero y una hija más buena... No digamos que muy guapa.
VEN. No lo digamos; aunque tendría á quien parecerse.
AND. ¿A tí. vejestorio?
VEN. Á tí, á tí...
AND. ¡Que yo lo he sido!
VEN. ¡Vaya! Te acuerdas, poco más ó menos á esta hora, hace veinticinco años...
AND. ¿Cómo quieres que lo olvide, Ventura?
VEN. Qué maja ibas, Andrea, con aquel trajecito negro...
AND. ¿Dónde irá aquel traje?
VEN. Y aquellas florecitas de azahar... ¿dónde irán aquellas florecitas?
AND. Te acuerdas, después de casados...
VEN. ¿Por la noche?
AND. ¡Por la tarde!
VEN. ¿Cómo quieres que lo olvide, Andrea? Lo que bailamos...

AND. Asi estaba yo al día siguiente, rendida.

VEN. No, no; te rendiste el mismo día. Recuérdalo.

AND. Tú hablas ya con segunda.

VEN. ¿Y qué?

AND. Eso no está bien teniendo canas.

VEN. Con canas ó calvos, el que marido y mujer se quieran, siempre está muy requetebién.

AND. ¡Viejo!...

VEN. ¡Vieja!... (Retozando.)

AND. Estate quieto.

ESCENA III

DICHOS y CARTERO, por la reja de la izquierda

CAR. Buenos días...

AND. ¡Qué vergüenza!

VEN. La tuya y la del Cartero, porque á mí no me importa.

CAR. Y á mí tampoco.

VEN. Pues la tuya solamente.

CAR. Felicidades, don Ventura.

VEN. (Dándole propina) Gracias; temprano se viene hoy...

CAR. Es del correo de ayer: un certificado para la señorita Daniela.

AND. ¿De quién será?

VEN. Ya lo sabremos. (Firma.)

CAR. Buenos días.

AND. Muy buenos. (Vase el Cartero.)

ESCENA IV

VENTURA y ANDREA

VEN. Es de Valladolid. De Miguel.

AND. ¿A ver qué le dice?...

VEN. ¿Qué haces?

AND. Abrirla. Siendo para mi hija...

VEN. Deja esa carta.

AND. Pero hombre...

VEN. Que la dejes, te digo. Abrirla es curiosidad ó desconfianza: cualquiera de las dos cosas no va con mi modo de pensar.

AND. (Devolviéndole la carta.) Así la educas.

VEN. Así. Y estoy muy satisfecho. Contigo no tuve jamás recelos...

AND. Sólo faltaría...

VEN. Para la desconfianza no se necesitan motivos de otra persona: basta con poca lealtad en uno mismo. Y con Daniela llevo igual conducta.

AND. No te respeta nada.

VEN. ¿Quieres decir que no me tiene miedo ninguno? Es verdad: ninguno. Y me felicito.

AND. No eres su padre: eres su amigo.

VEN. Eso es ser padre dos veces. Mejor. Antes de que Miguel supiese si nuestra hija le quería ó no, ya estaba yo enterado de que Miguel era novio de Daniela.

AND. Haces un papel en esos amores...

VEN. No me pesa. En cuanto el Miguel empezó á rondar, Daniela me lo dijo. Yo me enteré de quién era ese muchacho y tuve tan buenos informes que no volví á troprezar nunca con él.

AND. Porque mirabas antes de salir.

VEN. Y si Miguel estaba de centinela por la izquierda, Ventura se iba por la derecha...

AND. ¡Muy bonito en un padre!

VEN. Es que hago de padre y madre al mismo tiempo.

AND. Ya es tarde para cambiar: sigue con tu sistema.

VEN. No me va mal. Tú cumples tu deber vigilando, sabiendo lo que hace tu hija: yo cumplo el mío sabiendo lo que piensa y así también sé lo que va á hacer.

AND. ¿Y si te engaña?

VEN. Es posible, pero el día que me engañe á mí ya buscará las vueltas para el engaño contigo. Las mentiras grandes no llegan sino porque ya vamos acostumbrados á las mentiras pequeñas. A Daniela le consta que no necesita mentir, y no miente.

AND. Sigue...

VEN. Seguiré. La confianza de los hijos en los pa-

dres es la seguridad de los padres en los hijos: y no hay otra.

AND. ¿No te ha de querer más que á mí si eres su confidente?

VEN. Que busque otro mejor. Una tarde, al volver del paseo, me entregó Daniela una carta cerrada. La leí, después la leyó Daniela, se puso colorada y me preguntó: ¿qué te parece, papá?... ¿Te gusta, hija?... Un sí muy bajito: pues dile que sí; y con aquellos dos sís empezó un noviazgo y ha de venir una boda.

AND. Aun es muy pronto.

VEN. Cuando sea. Yo no he de meter prisa ni he de poner obstáculos. Eso es cosa de ellos.

AND. Y nuestra.

VEN. De ellos solamente.

AND. Es demasiado joven.

VEN. Poco más ó menos los mismos años que tú cuando nos casamos.

AND. Pero yo estaba más desarrollada.

VEN. Por el desarrollo no te preocupes: es suficiente el actual.

AND. Tú vas á favor del novio; los hombres os protegéis mutuamente.

VEN. ¿Y en qué hay secreto? Un buen chico, soltero y con su carrera...

AND. Las picardías que guardarás..

VEN. ¿Mías?... Algunas.

AND. Porque á mí no me convences de que siempre has sido formal.

VEN. Ni debes creerlo. ¿No comprendes que es en descrédito mío? Si no hubiese encontrado ni una mujer que me mirara, era como decir que tu habías escogido mal.

AND. ¿Confiesas?

VEN. Que á pesar de encontrarlas, era tanta mi ilusión por ti, que á casi todas las he rechazado.

AND. ¿Cómo á casi todas?

VEN. Todas las mujeres no se pusieron en condiciones de rechazarlas: para algunas fuí indiferente.

AND. Gracias á que eres viejo.

VEN. Bastante defecto es.

AND. Viejo...

VEN. ¿Y tu? Más vieja y más buena...
AND. Viejo...
VEN. Vieja...

ESCENA V

DICHOS y JIMENO por la izquierda

JIM. Hola...
VEN. Hola. ¿Vienes de mal humor?
JIM. Contentísimo.
AND. Más vale así.
JIM. Lo primero es lo primero. Felicidades en sus bodas de plata.
AND. Ya hemos recibido su regalo: muy lindo.
VEN. Gracias, amigo Jimeno.
JIM. Y ojalá que en paz, en buena compañía y con salud, cumplan ustedes pronto otros veinticinco años de casados.
VEN. Muchas gracias, pero no podrá ser tan pronto... tendremos que ir aguardando año tras año.
JIM. ¿Se ve mi intención?
AND. Muy clara.
JIM. Pues no reparemos en que la frase esté mejor ó peor construída.
AND. Las palabras enredan los asuntos.
JIM. Ya lo dicen: palabras, cerezas y mujeres, siempre enredadas.
AND. Pues dicen muy mal.
VEN. No se refieren á las viejas.
AND. Es que yo también fuí joven.
VEN. Tranquilízate, Andrea: los refranes y las malas intenciones no se aplican nunca á los presentes.
JIM. Otra cosa: yo no almuerzo con ustedes.
AND. Lo siento.
JIM. ¿No he dicho ya que estoy muy contento?
VEN. Si lo sé no te convido.
JIM. He averiguado que Melchor ha vuelto á Madrid y que pasa todos los días á la una ó una y cuarto por la calle de la Montera...
AND. Y piensa usted ir á buscarle.
VEN. Me alegro. Ya es hora de que os encontréis.

AND. Y estando casado ya, ¿qué le va usted á hacer?

VEN. Perdonar.

JIM. Le voy á dar una paliza.

AND. ¿Que le va usted á pegar?

JIM. A la una ó una y cuarto...

AND. No tiene usted derecho.

JIM. ¿Cómo que no tengo derecho? ¿No es mi hijo?

AND. Lo es.

JIM. Y entonces, ¿por qué no le he de pegar?

AND. Ya no está en edad de esas correcciones.

JIM. Tan hijo es ahora como á los seis años, ó como á los cincuenta. Los hijos, siempre son hijos.

AND. Y los palos son siempre palos.

VEN. ¿Y qué consigues?

JIM. Tenerle en cama quince días.

VEN. Figúrate que ya le encontraste, que ya le has pegado y que ya pasaron los quince días: ¿y después?

JIM. Volverle á buscar, y así sucesivamente.

AND. ¿Y así sucesivamente?

JIM. Eso es.

AND. Hace usted mal, Jimeno.

JIM. ¿El no ha cumplido su voluntad casándose contra mi gusto? Pues yo cumplo la mía deslomándole cada vez que le encuentre.

VEN. Allá tú, Jimeno.

JIM. No hay más camino. ¿Por qué no se desvía Consuelo de mis órdenes? Porque conoce lo que le aguarda.

AND. Lo mismo que á su hermano.

JIM. Exactamente.

VEN. La compadezco.

JIM. No hay por qué. Cuando yo lo estime oportuno se casará con quien á mí me agrade.

AND. ¿Y si no le agrada á ella?

JIM. A todas las mujeres les gustan todos los hombres.

AND. A mí no me gusta usted.

JIM. Será usted una excepción. Como á todos los hombres nos gustan todas las mujeres.

VEN. Oye, que á mí...

JIM. ¡Hipócrita!

AND. ¿Por qué te llama hipócrita?

VEN. Haz el favor de largarte, porque con tus procedimientos destrozas tu casa y es muy sensible, pero además destrazas las ajenas, y eso es más sensible aún.

AND. ¿Por qué te llama hipócrita?

JIM. Por nada, señora.

VEN. Lárgate, Jimeno. No me amargues el día; hoy no se abren las puertas de mi casa sino para que entren felicidades y alegrías. ¿No es cierto, vieja?

AND. (Gruñendo.) Sí, sí...

JIM. Lo dicho no me esperen ustedes.

VEN. Ya iré á verte al Juzgado de guardia.

JIM. ¿Y por qué me detendrán? ¿No es natural que un padre pegue á sus hijos?

AND. Muy natural no es...

VEN. Cuidado, Jimeno.

AND. Y si encuentra usted al hijo con su mujer...

JIM. Los pego á los dos.

VEN. Cuidado no se revuelva.

JIM. ¿Cómo? ¿Cómo dices? ¿Dónde está escrito que un hijo pueda volverse contra su padre?

AND. ¿Y dónde ha leido usted que le pueda pegar á la mujer?

JIM. Son dos hijos.

VEN. Pues si son dos hijos, perdónales.

JIM. Para eso es nuera.

AND. Hace usted mal, Jimeno, hace usted mal...

JIM. Déjeme usted en paz.

VEN. Déjale, mujer, déjale.

ESCENA VI

DICHOS. RAMONA por la izquierda, con una cajita y una tarjeta que coge Andrea

JIM. Me voy á la calle de la Montera.

VEN. Leña, leña al fuego... (Vase Jimeno por la izquierda.)

AND. (Acercándose.) De los de Alvarez...

VEN. ¿Es de piñonate?

AND. Es una bandeja de plata. (Vase por la derecha con la caja.)

VEN. (A Ramona.) Lo siento, Ramona... (Vase Ramona por la izquierda.)

ESCENA VII

VENTURA, que deja la tarjeta sobre la mesa. REMEDIOS y SEBASTIÁN por la izquierda

REM. Felices, Ventura.

VEN. Felices, Remedios. ¿Y tú, Sebastián?

REM. Acepta una medalla de mi Santa Patrona, y póntela: está bendita.

VEN. Seremos dos: yo también soy un bendito.

REM. Ojalá. Para Andrea traigo este devocionario.

VEN. Gracias: ahora te las dará ella misma. (Se sientan.)

REM. Sebastián viene á despedirse: hoy volverá al Seminario.

VEN. ¿Ya te curaste, cura?

SEB. Sí, señor.

REM. No del todo, pero el tiempo avanza, y no es cosa de que pierda un año.

VEN. ¿Te decides al fin?

REM. No ha vacilado nunca.

SEB. (Suave.) Nunca...

VEN. ¿Y has pensado alguna vez en que podrías ser algo distinto de lo que serás?

REM. ¡Nunca!

VEN. Dilo tú, Sebastián, que á ti te lo pregunto.

SEB. (Suave.) Nunca...

VEN. ¿Por qué no le dejas un año siquiera, libre y solo para que se asome al mundo?

REM. ¡Qué horror!

VEN. Y que se encamine luego por donde más le llame su vocación.

REM. ¿Te parecería bien que todos mis desvelos y todas mis ansias se pusieran á merced de una tentación cualquiera?

VEN. ¿Tan fácil es que ceda?

REM. Tanto...

VEN. Pues ya te quiero menos, sobrino. Las almas que siempre ceden, son almas encorvadas.

SEB. Dios querrá que mi espíritu se fortalezca...

VEN. No. El Creador de todo, no puede complacerse en vigorizar lo estéril.

REM. No quebrantes su inclinación.

VEN. ¡Eso jamás! Los padres debemos aconsejar, guiar, pero no imponernos. ¿Sientes la vocación?... Pues síguela. ¿No sientes más que el respeto y la obediencia á tu madre?... Es poco. Pensadlo mucho los dos: tú para no ser egoista: tú, para no ser desdichado eternamente.

REM. Respóndele tú, hijo mío. ¿No es cierto que vas libremente? ¿Te obligo yo? ¿Te fuerzo? ¿Te amenazo?

SEB. No, madre, no.

VEN. Tú misma habías de rogarle que aplazara...

REM. Eso es absurdo: necesitaría dejar de quererle para aconsejarle contra mi conciencia.

VEN. No dejándole ver más que tu propio deseo, le fuerzas y le obligas, Remedios. ¿Por qué hacerle creer en un solo rumbo, si la vida tiene tantos y tan dulces?... Tú misma debías afligirte pensando en que esterminas tu raza... Los hijos de los hijos aún son los padres que reviven.

SEB. (Suave.) Tú ya no revivirás en mí...

VEN. Le condenas á vivir solo, y la soledad es tristeza...

REM. Vivirá conmigo

VEN. ¿Y cuando tú faltes?... Entonces, á un tiempo, moriréis los dos. El amor es la vida.

SEB. (Suave.) ¿El amor es la vida, madre?...

REM. ¡El tuyo es el amor de Dios: el más grande!

SEB. No insista usted más, tío Ventura. Marcharé hoy, madre.

REM. Mi bendición te seguirá.

VEN. Remedios...

REM. ¿Le querrás tú más que yo?

VEN. El cariño tiene ceguedades inverosímiles.. Si te contasen de una madre que obligaba á su hijo á tener una mano aprisionada en un molde de hierro, sin que la mano pudiera crecer y desarrollarse naturalmente, te parecería monstruoso; lo negarías. Tú has encerrado la voluntad y las inclinaciones de Sebastián en el molde mezquino de tus piadosos temores y aun estás orgullosa de esta alma contrahecha.

REM. Creo hacerlo mejor...

VEN. A veces lo mejor de los padres no es ni siquiera bueno para los hijos.

REM. También ellos se engañan.

VEN. Sí, pero el error seguido no es tan doloroso como el error impuesto.

REM. Poca ventaja es...

ESCENA VIII

DÍCHOS. ANDREA por la derecha

AND. Remedios... (Recibiendo el devocionario.) Lindísimo...

REM. ¿Te gusta?

AND. Pasad al comedor. Tomaréis un dulce.

REM. Nada.

AND. Una copita de Jerez...

SEB. Nada.

VEN. ¿El eco filial tampoco puede tomar ni un bombón?

AND. Anda, hombre, anda, que eso no es pecado.

VEN. Y si lo fuera ya se lo habrían comido... Entra sin miedo...

REM. Un dulce, porque no digáis. (Vase Andrea y Remedios por la derecha.)

ESCENA IX

VENTURA y SEBASTIAN

SEB. (Deteniéndola.) Tío Ventura... le suplico á usted que no le hable así á mi madre... Sufre mucho y luego se intranquiliza y llora...

VEN. Y el caso es que no eres ni hipócrita siquiera: no eres más que débil, lo que es aun peor.

SEB. (Cogiéndole la mano.) Tío Ventura...

VEN. Contesta francamente: ¿si no fuera por tu madre, seguirías ese camino?

SEB. Tío Ventura...

VEN. ¡Contesta!

SEB. (Suave.) Lo seguiría...

VEN. ¡Ni para decirlo tienes coraje!

SEB. ¡Yo no cometo la infamia de rebelarme (En

tra Fouciños por la izquierda.) contra los deseos de una madre tan cariñosa y tan buena! Destruir todas sus esperanzas...

ESCENA X

DICHOS. FOUCIÑOS por la izquierda

VEN. Bueno, bueno...

SEB. Tío Ventura...

VEN. ¿Me permites la mano un momento, que es para saludar á este amigo?... En seguida te la devuelvo.

FOU. Mi enhorabuena, mis plácemes más sinceros...

VEN. Gracias, querido Fouciños.

SEB. (Sin que nadie le haga caso.) Con el permiso de ustedes... (Vase por la derecha.)

ESCENA XI

VENTURA y FOUCIÑOS

FOU. He comprado esta cosita.

VEN. Te agradezco mucho la cosita. ¿Qué es?

FOU. Un recuerdo...

VEN. Precioso. ¿Dónde has encontrado este camafeo?

FOU. ¿Te acuerdas de aquella Paca, casada con un vista de Aduanas á quien echaron del cuerpo porque se perdían todos los objetos de valor?... Bueno, pues ha enviudado y ahora vende en su casa todo lo que se perdió en la Aduana.

VEN. No me satisface esa procedencia.

FOU. ¿A ti qué más te da? No hay que remontarse en las averiguaciones... Siendo escrupuloso el modo directo de adquirir, el resto no es cosa nuestra. De muchacho, mi ideal era casarme con la hija honrada de un padre ladrón.

VEN. Qué abuelo le dabas á tus nietos...

FOU. Al fin no lo hice.

VEN. Es muy difícil realizar todas las aspiraciones.

FOU. Y á propósito: estoy encantado de mí mismo.

VEN. ¿Qué milagro?

FOU. Como tengo ese hijo, ese Felipe, que merece cuanto hay, porque, vamos, sin lisonja, dime tú: ¿has encontrado muchos tan buenos, tan dóciles, tan aplicados?...

VEN. De aplicado, no se le puede negar. Estudia las asignaturas más que otro cualquiera; por lo menos, más años que otro cualquiera.

FOU. Ahora publica, con varios amigos, una revista semanal literaria, en la que colaboran las primeras firmas, pero en realidad es Felipe quien lleva todo el trabajo. Tienen en él una confianza ciega: con decirte que corrige los artículos de Echegaray...

VEN. ¿Los corrige?

FOU. Sí, para la imprenta.

VEN. ¡Ah!

FOU. Y esto á los veintiséis años... ¿Hay muchos chicos como ese?

VEN. Lo que no hay son muchos padres como tú.

FOU. ¿Y tú?... ¿No crees en la bondad y en el entendimiento y en el cariño de tu Daniel? ¿Pues por qué ha de ser engaño en mí lo que en ti es justicia?

VEN. Tienes razón. ¿Por qué estás hoy más entusiasmado que los otros días?

FOU. Mientras Felipillo se dedica seriamente á convertirse en un hombre de provecho, yo no descuido su porvenir. Claro que no es conveniente precipitar los sucesos, pero tampoco lo es desperdiciar las ocasiones.

VEN. Explícate.

FOU. He decidido casarle.

VEN. ¡Fouciños!

FOU. ¿Qué?

VEN. Por ahora nada más que Fouciños... Sigue tu cuento.

FOU. He tropezado con un gran partido...

VEN. ¿De toda tu satisfacción?

FOU. Completa.

VEN. ¿La chica será honrada, naturalmente?

FOU. ¡Naturalmente!

VEN. Y el padre, naturalmente, será ó habrá sido... (Signo de robar.)

FOU. ¡No!

VEN. Como ese era tu ideal...

FOU. No, ya no. Lo mal adquirido suele aprovechar mal: de cien casos, noventa. La estadística me convenció.

VEN. Bendigamos á la estadística, que ya te sirve de algo.

FOU. Y no quiero exponer á mi Felipe á un remordimiento ó á una vergüenza. Verás las circunstancias de esta boda.

VEN. ¿Y Felipe?

FOU. Aun no le he dicho palabra ni conoce á la muchacha.

VEN. Antes de que la digas, y por lo que pueda convenirte, te advierto que tu hijo está ya enamorado.

FOU. ¿Sin conocerla?

VEN. Conociéndola.

FOU. ¡Qué diablo de chico... (Riendo.) ¡Es más listo que una centella!... ¿De qué modo habrá descubierto mis negociaciones?

VEN. Tus negociaciones continúan de incógnito.

FOU. ¿Y entónces cómo se enamoró de Amparo?

VEN. De Consuelo.

FOU. ¡De Amparo!

VEN. De Consuelo...

FOU. Yo te digo que se llama Amparo.

VEN. Y yo te digo que se llama Consuelo.

FOU. ¿Luego no es la que yo le he buscado?

VEN. No, es la que se ha buscado él.

FOU. No puede ser.

VEN. Sí puede ser.

FOU. Aquí va á ocurrir algo muy grave, Ventura; Ventura, que me incomodo: que me incomodo, Venturita.

VEN. Te vas á convertir en un ser vulgar. Fouciños, si te enfadas, ya no eres Fouciños.

FOU. Ventura...

VEN. ¿Qué?

FOU. Venturita...

VEN. ¿Qué?

FOU. No me enfado.

VEN. Ahora te reconozco. Ya vuelves á brillar con tu esplendor fouciñesco.

FOU. Después de tanto rodeo y tanta diplomacia para negociar ese matrimonio... (Riendo.) ¡Tiene salero la ventura!

VEN. Ya contaba con que te haría mucha gracia.

FOU. Cuando tú lo dices...

VEN. ¿Y qué te ha pasado? Con tu bondad candorosa te sucede á ti lo que á Jimeno con sus brutalidades, á mí con mis dulzuras... lo que á todos los padres: los hijos se casan cuando quieren y con la mujer ó el hombre que quieren.

FOU. Yo calculaba que siendo, más que padre é hijo, dos amigos...

VEN. No lo esperes: en amor no transigen más que los que no aman.

FOU. Cómo ha de ser... Consuelito... ¿Consuelito qué?

VEN. Jimeno.

FOU. Me alegro... ¡Caramba! ¡Es muy buena chica.

VEN. ¿Mejor que Amparo?

FOU. Más guapa. Y simpática como si fuese fea.

ESCENA XII

DICHOS, FELIPE por la izquierda

FEL. ¿Se puede?

FOU. (Yendo á él y abrazándole.) ¿Se puede engañar á un padre?... ¡No! Ya estoy enterado de todo, pero aun he de enterarme de algo más.

FEL. ¿De qué hablas, papá?

VEN. De Consuelo.

FEL (Dirigiéndose abrazado por Fouciños entrega su regalo.) Enhorabuena ..

VEN. Y á ti. Muchas gracias...

FOU. ¿Qué podrá ocultarse á la previsión y al afán paternal?

VEN. Nada.

FEL No te di cuenta de estos amores para evitarte una mortificación.

FOU. ¿Lo ves? Ya te dije yo que esta reserva tenía su fundamento.

VEN. No me lo has dicho, pero es igual.

FOU. Cuando Felipe se callaba...

FEL. Por no disgustarte.

FOU. ¿Lo ves?

FEL. Comprendía que era muy duro para ti sospechar siquiera la oposición del señor Jimeno.

FOU. ¿Lo ves?... (Abrazándole.) ¡Qué hijo... es mi alegría!... Pero no te preocupes... ¿Tú la quieres?

FEL. Como que estoy dispuesto á terminar la carrera.

VEN. No exageres.

FOU. ¡Basta! ¡Jimeno me contestará á mí, á mí! ¿lo entiendes? á José Ramón Fouciños, y si no se entusiasma, si no acepta orgulloso esta alianza, ¡ah! entonces... entonces, hijo mío, desistiremos y te casas con Amparo.

FEL. No, papá, yo no desisto.

FOU. ¡Bien respondido! No, no desistiremos... ¿Quién es el señor Jimeno para rechazarte? ¿Quién es él para que desistamos?

VEN. El padre de Consuelo.

FOU. Y yo soy el padre de Felipe... ¿No es cierto, hijo?

FEL Sí, papá.

FOU. Pues conmigo habrá de verse. Confía en tu padre: este asunto es asunto mío.

FEL ¿Me autorizas para que sepa Consuelo?...

FOU. Te autorizo.

FEL Porque sin tu consentimiento...

FOU. Te autorizo.

VEN. En misa de once están.

FEL. Corro á buscarla.

VEN. Corre, corre...

FEL. Gracias, papá...

FOU. ¡Te autorizo!... (Vase Felipe por la izquierda.)

ESCENA XIII

DICHOS menos FELIPE

VEN. Eres el hombre mejor y más honrado... Si naces mujer, hubieras sido la mujer menos honrada...

FOU. Probablemente... pero, dime: ¿has visto un hijo más obediente?

VEN. Ni más estudioso.
FOU. Es mi orgullo, es el consuelo de mi vejez... ¿Verdad que debo considerarme feliz?
VEN. ¿Quién lo duda?
FOU. Este respeto filial, esta obediencia...
VEN. Lo que no sé es si te obedece él ó le obedeces tú...
FOU. Al fin y á la postre, ¿qué más da?
VEN. Cierto. Cuando no hay más que una sola voluntad, obedecer y mandar es también una sola idea.
FOU. Así es.

ESCENA XIV

DICHOS, JIMENO por la izquierda

JIM. Ventura.
FOU. (Serio) Señor Jimeno.
JIM. Señor Fouciños, buenos días. Ventura.
VEN. ¿Qué te pasa?
JIM. Nada. Vengo á almorzar con vosotros.
VEN. Bueno. ¿Renuncias á ver á tu chico?
JIM. Ya le he visto.
VEN. ¿Y qué ha pasado?
JIM. Nada, nada. ¿Qué iba á pasar?
VEN. Me alegro.
FOU. (Serio.) Señor Jimeno...
JIM. Señor Fouciños, buenos días.
FOU. Ya me saludó usted.
JIM. Pues contésteme usted, y en paz.
FOU. Usted siempre tan amable.
VEN. Pero dime, Jimeno, ¿has hablado con Melchor?
JIM. ¡No!
VEN. ¿Tuviste el buen acuérdo de no reñirle?
JIM. ¡No!... Y déjate de preguntas porque estoy rabioso.
FOU. Está usted natural.
JIM. Me pegaría á mí mismo.
VEN. Disculpa mi insistencia; es el afecto que os guardo á ti y á los tuyos. ¿Qué pasó?
JIM. ¿No te he dicho que nada?
VEN. ¿Cambiaste de pensamiento?
JIM. ¡No! ¿Qué te dije yo antes?

VEN. Que ibas á buscarle.

JIM. No hizo falta; le encontré.

VEN. ¿Sólo?

JIM. Con su mujer.

VEN. ¿Y te compadeciste?

JIM. ¡No! ¿Yo qué te había dicho?

VEN. Que á los dos les pegarías.

JIM. Pues yo á los dos les hubiera pegado... pero me pareció que iban tres.

VEN. ¿Vas á ser abuelo?

JIM. ¡Sin mi consentimiento! ¡Es horrible!

VEN. Cosas peores pueden ocurrir.

FOU. En lo más dulce que tienen los abuelos, que son los nietos, ya está demostrado que los abuelos no tienen nada que hacer.

JIM. Señor Fouciños...

FOU. Señor Jimeno, tenemos que hablar.

JIM. No estoy para conversaciones.

FOU. Yo sí.

JIM. Pues hable usted sólo.

VEN. Lo más prudente es que perdones...

JIM. ¡Bastante hice con dominar mi genio!

VEN. ¡Qué genio ni qué beregenas!... Al llegar la hora del casorio, hay que poner buena cara y alegrarse; después de todo, alegría es. Créeme, perdona á Melchor.

JIM. ¿Que le perdone?

VEN. Claro.

JIM. ¿Pero tú sabes lo que me ha hecho?

VEN. Ya lo sé, abuelo. Y el nieto no tiene culpa; perdona, hombre, perdona.

JIM. A ellos dos, no; pero el tres, ese tres que va á venir, me desconcierta.

VEN. Tú vas á darle disgustos en una situación ya irremediable; los disgustos influirán en la naturaleza de tu futuro nieto... ¿no te causaría pena que nazca enfermizo?

JIM. (Brusco.) ¡Cállate!

VEN. Perdona... Más aún que por ellos, por ti mismo. ¡Perdona, Jimeno!

FOU. Una palabrita. ¿Qué opinión ha formado usted del novio de su hija?

JIM. Mi hija no tiene novio.

FOU. Sí, señor.

JIM. No, señor.

FOU. Sí, señor.

JIM. Bien; pues en cuanto le vea le rompo una pierna

VEN. Esa no es una opinión, es una atrocidad.

FOU. Usted no le rompe nada; primero, porque mi hijo necesita las dos piernas para una porción de menesteres, incluso para andar, y después, porque aquí estoy yo para impedirlo.

JIM. ¿Con su hijo de usted? ¿casar á mi hija con un vago?

FOU. ¿Ha dicho usted que Felipe es un vago?

JIM. Sí, señor.

FOU. ¿Ha dicho que es un vago?

VEN. Sí.

FOU. Contéstale tú, Ventura; hazme el favor de contestarle tú, porque yo conozco que me voy á incomodar.

VEN. Es un buen muchacho, de posición independiente, y la carrera, un adorno más, ya la concluirá.

FOU. Concluirá cuantas se le antojen, que para eso Dios le dió entendimiento y disposición.

JIM. Lo que sea; no quiero.

VEN. ¿Prefieres repetir la historia de Melchor? ¿Volver á las amarguras y á los escándalos inútiles? Perdona á Melchor, y deja casar á Consuelo.

FOU. ¡Antes que retire lo de vago!

VEN. ¿Te figuras que dentro de ti no leo ya el perdón?

JIM. No debo rendirme tan pronto.

VEN. Lo que se espera y no se llega á pedir, es más grato aún. Habla tú el primero, y serás tú el primero en la felicidad de todos vosotros. Perdona. Lo de Melchor no tiene arreglo; lo de Consuelo, es una buena boda. No porque esté delante Fouciños he de callarlo.

FOU. Claro que no. Alábame lo que quieras.

VEN. Dense ustedes la mano.

FOU. ¿Retiró esa palabreja?

VEN. Sí.

FOU. Ahí va la mía. (Ventura coge la mano de Jimeno y hace que estreche la de Fouciños.)

ESCENA XV

DICHOS, ANDREA por la derecha. DANIELA y CONSUELO por la izquierda

AND. Ya podíais haber venido más ligeras...

FOU. Déjelas, Andrea, déjelas; las mujeres van siempre bastante deprisa ya.

AND. Y los hombres...

FOU. Eso depende de ellas.

JIM. Consuelo... dile á tu hermano que venga á vernos cuando quiera...

CONS. (Asombrada.) Papá...

VEN. Bien, Jimeno.

JIM. No es menester que me apruebes.

VEN. ¿Temes desacreditarte apareciendo bondadoso?

JIM. Consuelo... dile á Felipe que no se oculte de mí para hablarte.

CONS. (Llorando.) ¡Papá!...

JIM. (A Ventura.) ¿Quieres más?

VEN. Jimeno, hoy vuelven á nacerte los hijos. Que sea enhorabuena, Jimeno.

JIM. Ya ves cómo son: ni siquiera corre á abrazarme.

AND. No es extraño; en el momento de nacer, no saben más que llorar.

VEN. Vé tú... (Jimeno va á Consuelo y la abraza.)

FOU. (A Andrea.) Este Jimeno llegará á ser un hombre inteligente.

AND. Y usted también.

FOU. Creo que ya lo soy.

AND. A pesar de eso: llegará usted.

VEN. Daniela... para ti. (Dándole la carta.)

DAN. Letra de Miguel. (A Ventura.) Abrela.

VEN. Es para ti; léela tú primero.

AND. Y certificada; mucho interés hay en que no se pierda.

DAN. (Deteniéndose al abrirla.) ¿Certificada?...

VEN. Ven, Jimeno; Fouciños, ven... (Cogiéndose del brazo de Andrea.) les enseñaremos la miniatura que me regalan mis compañeros de Academia.

AND. Deja que lea esa carta.

VEN. Para que la lea.

AND. En mi tiempo leían las madres antes que las hijas.

VEN. Y en tu tiempo leen las mujeres antes que los maridos, pero yo con Daniela soy más formal y más confiado.

AND. Y yo...

VEN. Pues vamos...

AND. ¡Qué raro eres!

VEN. Ya sabremos lo que dice...

FOU. Las mujeres siempre son curiosas.

AND. Sí, señor. Y los hombres no siempre son discretos.

FOU. No señora... pero en esta ocasión ..

VEN. Vámonos sin aguardar la respuesta. (Coge á Foucifios y á Jimeno y vanse detrás de Andrea por la derecha.)

ESCENA XVI

DANIELA y CONSUELO

CONS. No acierto ni á hablar.

DAN. ¿Para qué?...

CONS. Soy tan dichosa...

DAN. (Mirando la carta.) ¿Qué dirá?

CONS. Decídete.

DAN. Si vieras cómo me brinca el corazón...

CONS. Tu corazón es torpe; ¿no adivina?

DAN. Tanto interés en que llegue á mí esta carta. ¿Si fuera una mala noticia?...

CONS. ¿Es de tu novio?

DAN. Sí.

ESCENA XVII

DICHAS y FELIPE por la izquierda

FEL. (Entra suave.) ¿Consuelo?

DAN. (Sin mirarle.) ¿Es tu novio?

CONS. (Sin mirar.) Sí.

FEL. (Avanzando tímidamente.) Consuelo...

CONS. ¡Abrela!

DAN. Háblale...

CONS. ¿No te molesta?

DAN. No.

CONS. (Con Felipe á la izquierda.) Felipe...

FEL. Consuelo...

DAN. ¡Qué dirás, carta, qué dirás!...

FEL. Mi padre consiente.

CONS. Y el mío.

FEL. ¿De veras?

CONS. De veras.

FEL. ¿Me quieres?

CONS. Te quiero. ¿Y tú? (Daniela rompe el sobre.)

DAN. (Suave y risueña.) Más bajito, que os oigo.

FEL. Perdón...

DAN. Vosotros sois los que debéis dispensarme; es envidia.

CONS. ¿No te habla la carta?

DAN. Aún no: hablad vosotros.

FEL. Te quiero más.

CONS. ¿Más? ¿Entonces ayer mentiste?

FEL. Y mañana creeré que he mentido hoy. Cada día aumenta la ilusión por ti...

DAN. (Que va leyendo con temor al principio y con alegría después.) ¡Es de Miguel, de Miguel!

CONS. Ya lo sabías.

DAN. No. Del Miguel mío, del Miguel que me quiere.

CONS. ¿Y qué te dice?

DAN. Eso, que me quiere.

FEL. Dímelo tú, Consuelo...

DAN. Que asciende el día primero, que desea casarse en seguida...

FEL. Y nosotros...

DAN. Cuando escriben tan claro, da gusto recibir el correo...

CONS. (Acercándose.) Daniela...

DAN. Soy muy dichosa, muy feliz... El mundo entero se ha despertado hoy con alegrías y cariños.

FEL. Sí que es bueno eso...

DAN. Ven que te abrace...

FEL. Y esto.

DAN. ¡Querer, querer! ¡Y saber que á una la quieren! Dile á Felipe que te lo diga.

CONS. No hace falta.

FEL. Ya se lo digo.

DAN. ¿Querer y casarse? ¿Te lo figuras?

CONS. Me lo figuro.
FEL. Y yo. Ha de ser muy sano.
DAN. Tengo que decírselo inmediatamente á mis padres, porque esta carta no es más que prevenirme de que él mismo viene...
FEL. ¿Y si nosotros dijéramos algo también?
CONS. Lo que tú dispongas.
FEL. Pues á decírselo...
DAN. Vamos, sí. ¡Madre, madre!
FEL. ¡Papá, papá!
CONS. ¡Papá!
DAN. ¡Madre, madre! (Vanse los tres por la derecha.)

ESCENA XVIII

DANIELA y ANDREA por la izquierda

AND. Daniela...
DAN. (Retrocediendo, corre hacia Andrea.) ¡Madre, carta de Miguel, que se quiere casar en seguida!
AND. (Asombrada.) ¿En seguida?
DAN. (Riendo y brincando.) ¡En seguida!
AND. (Llorando.) ¿En seguida?
DAN. ¿No te alegras? ¿Lloras?
AND. ¡Qué alegría tan grande!... ¡Separarte de nosotros, qué alegría!
DAN. Me anuncia que á las doce vendrá á felicitaros... desea que coincida esta fecha de vuestras bodas de plata con su petición de boda. ¿No es una idea muy delicada, muy hermosa?
AND. No. Es muy cruel... ¡amargarnos el día!

ESCENA XIX

DICHAS y VENTURA por la derecha

VEN. ¿Qué pasa?
AND. Se marcha.
VEN. ¿Quién?
AND. Daniela.
VEN. ¿Qué desatino dices? (Riéndose.)
AND. Esta hija ingrata escoge el día de hoy...
VEN. ¿Pero qué es?

AND. Que se casa.
DAN. Padre, la carta de Miguel...
AND. Y se la llevarán muy pronto; ¡nos quedaremos solos!
DAN. Miguel quiere vivir con nosotros.
AND. ¡Mentira! ¡no querrá! Nos quedaremos solos, Ventura...
VEN. (Tragando saliva.) Muy natural, muy, muy lógico, muy, muy... (Separando á Andrea violentamente.) ¡Y tú eres una imbécil llorando porque se case tu hija con un hombre de bien!
DAN. Con Miguel.
VEN. Con Miguel. ¿Qué más queremos? Alégrate, Andrea.
AND. Imposible.
VEN. Te digo que te alegres... ó te echo las manos al cuello y por imbécil te lo retuerzo y lo... y lo... y lo...
AND. (Echándose en brazos de Ventura.) ¡Que se la llevarán, Ventura!
VEN. ¡No me abraces... no me abraces! Mira que estoy furioso contigo... mira que soy capaz de pegarte... (Pausa breve: muy emocionado, abrazados y amenazándola, con el puño tembloroso, que al fin cae, abrazándola más.)
AND. Se la llevan, viejo.
VEN. ¿Y qué vamos á hacerle, vieja?
DAN. Si os disgusta, le diré que no quiero.
VEN. (Separándose brusco.) ¡No! Esta ave fría de tu madre que no comprende la situación, la fuerza de las cosas, la, la, la...
DAN. Si os oponéis...
VEN. ¿Quién lo ha dicho?
DAN. Yo no tengo impaciencias...
VEN. La tienes. ¡Y yo! ¡y tu madre y todos! Cuando suena la hora, es un crimen retrasarla.
DAN. ¿Consientes, padre?
VEN. ¡Y muy alegre!
DAN. ¿Y tú, madre?
AND. (Triste.) Yo también.
DAN. Puedo decirle á Miguel...
VEN. Que sí, que con los brazos abiertos le aguardamos.
AND. Ventura...
VEN. No saques esa voz de plañidera... ¡Alégrate! ¡Qué mayor felicidad para unos padres, que

la de casar á su hija honradamente, á gusto, con un hombre que trabaja!...

DAN. Ha ascendido.

VEN. Y que asciende...

AND. Sabe Dios las intrigas de que se habrá valido... ¡no es natural que el escalafón vaya tan rápido!

VEN. ¡Si tuviera guitarra y supiera tocarla!...

AND. Ventura...

VEN. ¿Echamos un baile, vieja?

AND. Es la ocasión...

VEN. ¡Sin duda! Egoismos aparte, desde que nos casamos no hemos tenido ni tendremos ya en nuestra vida un momento más solemne. ¡Andrea, este debe ser un momento alegre!

AND. (Forzadamente.) Alegrémonos...

ESCENA XX

DICHOS y MIGUEL por la reja del foro izquierda

MIG. (Suave.) Daniela...

DAN. (Volviéndose rápidamente.) ¡Miguel!... (Corre á la reja.)

AND. (Rabiosa.) ¡Miguel!

VEN. (Resignado.) ¡Miguel! (Se miran Ventura y Andrea acongojados, hasta que Ventura logra sonreirse.) Andrea...

AND. ¡Ventura!...

VEN. (Solemne.) Es la hora. No la estorbemos: que la juventud siga su camino. Daniela.

DAN. ¿Padre? (Bajando á su lado.)

VEN. Sal y abre tú misma. Es tu marido.

DAN. (Haciendo seña á Miguel.) Ven.

MIG. Voy.

AND. ¡Daniela!... ¡Daniela!... (Caida.) ¡Adiós, Daniela!... (Daniela hizo mutis por la izquierda, corriendo. Miguel se va también de la reja.)

ESCENA XXI

VENTURA y ANDREA

VEN. Es ofender al cielo entristecernos.

AND. ¡Qué injustas son las leyes, no concediéndonos toda la autoridad á nosotras!

VEN. Algo supone el ser padre.

AND. Nada. Si no hay padres; no hay más que madres. Las únicas que tienen hijos y luego sufren por ellos. ¡Qué bodas de plata celebramos!... ¡Sois unos egoístas! Y ella, educada por ti, lo mismo. ¿Cómo salió á recibir al novio? Ansiosa, contenta, sin pensar en nosotros.

VEN. Como saliste tú cuando yo fuí á buscarte.

AND. El caso no fué el mismo.

VEN. Porque ahora se han vuelto las tornas. Déjala. Es el instinto que habla en ella.

AND. ¿Y el instinto no habla para que nos consuele un solo minuto la hija que se marcha para siempre?

VEN. Para siempre, no: esa fué mi labor de antes. Infundirle confianza en nosotros, para que cuando llegase el instante de las locuras y de los apasionamientos no llevara el amor como pecado y á escondidas, sino que lo trajera confiado á nuestra casa, y aquí, á toda luz, sería lo que es, un amor santo y honrado. Alegrémonos, Andrea.

AND. Alégrate tú. Yo no le perdonaré nunca esta ingratitud.

VEN. ¿Pero cuál es la ingratitud?

AND. ¡Nunca! Y ese Miguel no será jamás mi hijo, jamás, jamás...

VEN. Andrea, mujer...

AND. ¡Jamás!

ESCENA ULTIMA

DICHOS. DANIELA y MIGUEL por la izquierda

VEN. (Abrazando á Miguel.) Que seais muy dichosos... Andrea...

AND. (Secamente.) Buenos días...

VEN. Andrea, que es Miguel, nuestro hijo...

AND. Nuestro yerno.

DAN. Le trasladan á Madrid, mamá.

AND. Que se lo agradezca al Ministro de la Guerra.

MIG. He venido hoy para que esta fecha ampare mi petición.

DAN. Será un hijo más á quereros...

VEN. Sabe Dios los hijos que serán...

MIG. Le ruego á usted que no me rechace...

VEN. ¡No, hombre, no!

MIG. Daniela es hija única: yo no tengo á nadie. Sería para mí una satisfacción muy grande que nos permitieran formar nuestro nido cerca de ustedes.

DAN. Aquí mismo.

VEN. Con nosotros. ¿Qué duda cabe?

MIG. Ese es nuestro deseo.

AND. ¿Con nosotros? ¡Miguel, hijo, hijo mío!... (Abrazándole.)

VEN. ¡Ya no es yerno!

AND. Son nuestros hijos.

VEN. Somos nosotros mismos que volvemos en ellos á empezar la vida. Ven, Andrea, abrázame...

AND. Que están Daniela y Miguel...

VEN. ¿Que están y lo ven? Mejor. Ahora que se casa, debemos querernos más nosotros. Sí, Andrea, los padres deben quererse, aunque no sea más que para decirles á los hijos en un momento difícil: ¿Se entibia el cariño entre vosotros?... Pues venid acá, coged del nuestro y disfrutadlo, que aún nos queda mucho amor, y aunque cojais mucho, mucho más quedará aún, que el amor de los padres es inagotable.

TELÓN

Obras del mismo autor

Aire de fuera.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Tercera edición.)

El abolengo.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Cuarta edición.)

María Victoria.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español. (Segunda edición.)

Por que sí.

Juguete comico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Español. (Segunda edición.)

La estirpe de Júpiter.

Alta comedia en cuatro actos y en prosa, estrenada en el teatro Novedades de Barcelona.

La divina palabra.

Comedia dramática en tres actos, estrenada en el teatro de la Comedia. (Segunda edición.)

La cizaña.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Tercera edición)

Lo posible.

Juguete cómico en un acto y dos cuadros, estrenado en el teatro de Lara.

En cuarto creciente.

Juguete cómico en un acto y en prosa, estrenado en el teatro de Lara. (Tercera edición.)

El ídolo.

Alta comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

Bodas de plata.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro de Lara. (Tercera edición.)

Añoranzas.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La fragua de Vulcano.

Zarzuela en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

El mismo amor.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

El ídolo.

Comedia en dos actos y en prosa. (Refundición.)

Nido de águilas.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara. (Tercera edición.)

Santos e Meigas *(Idilio campesino).*

Zarzuela en un acto y tres cuadros, música de los mestros Lleó y Baldomir, estrenada en el teatro de la Zarzuela.

Cuando ellas quieren...

Comedia en un acto y en prosa, estrenada en el teatro Salón Regio.

Cuando ellas quieren...

Comedia lírica en un acto y en prosa, estrenada en el teatro Cómico.

Lo que engaña la verdad.

Paso de comedia en prosa, estrenado en el Teatro Español.

El Caballero Lobo.

Fábula en tres jornadas y en prosa, estrenada en el teatro Español.

La magia de la vida.

Comedia lírica en un acto, dividido en tres cuadros, música del maestro Ruperto Chapí, estrenada en el teatro de Apolo.

La fuente amarga.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Princesa.

Clavito.

Paso de comedia en un acto y en prosa, estrenado en el teatro Salón Nacional.

El buen demonio.

Comedia en dos actos y en prosa, estrenada en el teatro Lara.

La raza.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Princesa. (Segunda edición.)

Lady Godiva.

Comedia en tres actos y en prosa, estrenada en el teatro de la Princesa. (Segunda edición.)

Doña Desdenes.

Comedia en tres actos, estrenada en el teatro de la Princesa.

Flor de los Pazos.

Comedia en dos actos, estrenada en el teatro Lara.

La razón de la sinrazón...

Quisicosa en un acto y en prosa, estrenada en el tea- ro de la Comedia.

Precio: 1,50 pesetas.